



UNIVERSIDAD
DE LA REPUBLICA
URUGUAY



Facultad de
Psicología
UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

UNA LECTURA DEL SÍ MISMO Y DE SU EVOLUCIÓN COMO CONCEPTO.

Trabajo Final de Grado.

Tutor: Jorge Cohen.

Estudiante: Miguel Gianello.

C.I. 1.591.913-5

Montevideo, 24 de mayo de 2017

Un elefante se estaba exhibiendo en una habitación oscura, y mucha gente se juntó para verlo. Pero como el lugar estaba demasiado oscuro para permitirles ver al elefante, todos lo palparon con sus manos para tener una idea de cómo era. Uno palpó su trompa y declaró que el animal se parecía a un tubo de agua; otro palpó su oreja, y dijo que debía ser un gran abanico; otro su pierna, y pensó que debía ser un pilar; otro palpó su espalda, y declaró que el animal debía ser como un gran trono. De acuerdo con la parte que cada uno palpó, se dio una descripción diferente del animal.

Rumi. El Masnavi, libro III.

ÍNDICE.

Resumen. 4

Introducción. 5

1- Acerca del sí-mismo. 7

2- Definición de sí-mismo. 9

3- Dos perspectivas sobre la génesis del sí-mismo. 14

3.1- La génesis del sí-mismo según Damasio. 15

3.2- La génesis del sí-mismo según Morin. 17

4- El concepto de self encapsulado. Un ejemplo del sí-mismo en dos mapas teóricos. 19

5- Desarrollo del concepto de sí-mismo en la psicología. 22

5.1- William James. 22

5.2- El sí-mismo en el psicoanálisis. 24

5.2.1- El sí-mismo en Freud. 24

5.2.2- El sí-mismo en Hartmann. La psicología del yo. 26

5.2.3- El sí-mismo en la teoría de las relaciones objetales. 28

5.2.4- El sí-mismo en Winnicott. 29

5.2.5- Psicologías del self. 30

5.3- El sí-mismo en el enfoque sobre la personalidad de Allport. 31

5.4- El sí-mismo en las corrientes humanistas. Maslow y Rogers. 32

5.5- El sí-mismo en la psicología cognitiva. 34

5.6- El sí-mismo en la terapia sistémica y transgeneracional. 34

6- En síntesis. 38

Anexo 1. Antecedentes del sí-mismo en la filosofía. Descartes, Locke, Hume, Kant, Hegel.

RESUMEN:

Este trabajo indaga sobre la noción de sí-mismo; distingue al concepto de la experiencia.

Toma la dificultad de la conceptualización del sí-mismo para indagar sobre el fenómeno del sí mismo en sí. Se distingue entre su significado y su naturaleza. Se considera que las conceptualizaciones sobre el sí-mismo revelan conceptualizaciones sobre el sujeto e imágenes de lo humano.

El trabajo se propone elaborar una imagen del concepto que integre algunas de las múltiples imágenes sobre el tema. Se considera al concepto como un fenómeno en desarrollo, que en su evolución va mostrando distintos aspectos, y no como algo fijo.

Para ello se exponen distintas conceptualizaciones sobre el sí-mismo en los campos de la psicología, la filosofía y la biología. En estas exposiciones se buscan pautas comunes o aspectos que permitan elaborar el concepto de sí-mismo por encima de la diversidad de enfoques que las distintos campos disciplinares o corrientes tienen sobre el tema.

La primera parte son consideraciones generales y la definición de sí-mismo. La segunda parte plantea dos modelos de génesis del sí-mismo y el concepto de encapsulamiento, que diferencia la concepción intrapsíquica de sí-mismo de la inter-psíquica. En la tercera parte se realiza una genealogía del concepto de sí-mismo en el campo de la psicología. Se reconocen factores que determinan a sí-mismo y se enfatiza en el carácter relacional que revela la evolución de dicho concepto. Se vincula el concepto de sí-mismo al de individuación. La cuarta y última parte es la síntesis final y conclusiones.

PALABRAS CLAVE: SÍ-MISMO O SELF, YO, IDENTIDAD, INDIVIDUACIÓN.

Introducción:

El trabajo indaga sobre la noción de sí-mismo. El sí-mismo es un concepto y una experiencia.

Como concepto es considerado en distintos campos disciplinares con una gran variedad de enfoques. Este trabajo toma como referencia fundamental el campo psicológico, pero dada la complejidad del concepto abordado, también toma las referencias de los campos filosófico y biológico. El trabajo se desarrolla exponiendo algunas perspectivas desde estos campos buscando esclarecer dicho concepto. Dada la amplitud del tema, se elige un recorte que intenta ser representativo de la variedad de enfoques; no se pretende dar una visión acabada del tema, sino mostrar la pluralidad conceptual y desde esta señalar algunos aspectos o características básicas de la noción de sí-mismo.

Como experiencia “es algo de lo que nos damos cuenta inmediatamente. Lo concebimos como la zona central, íntima, cálida, de nuestra vida” (Allport,1980,p.141). Se puede ejemplificar esta experiencia en las siguientes descripciones: La imagen y las sensaciones que un individuo tiene de sí mismo determina mayormente su actitud ante una situación concreta en el instante en que esta se presenta. La percepción y/o la experiencia que tiene de sí mismo se activa como un estado de base para su respuesta. La alta o baja valoración de sí mismo, el engrandecimiento o la degradación, el valor o el temor, el movimiento hacia o la retracción, son aspectos que se expresan habitualmente cuando el individuo se sitúa ante el mundo y la vida, tienen sus manifestaciones. (Riera i Alibés, 2011)

A pesar de lo antedicho, en circunstancias particulares puede surgir en el individuo una calidad de apreciación que lo puede llenar de regocijo como cuando alguien se deleita contemplando un paisaje. También puede ocurrir que su sensación de sí desaparezca como en el caso de desmayarse. Luego, al despertar y observar lo que le rodea, la persona (en estados normales) reconoce con absoluta facilidad y naturalidad que es ella misma quien ha despertado y ve ahora su entorno, se ubica en el espacio y en el tiempo, despiertan con ella sus responsabilidades, expectativas, y todo su universo de ideas, sensaciones y recuerdos. Se hilvanan una cantidad de fenómenos y acontecimientos que reconoce y conecta a sí, le crean una sensación y un sentimiento, en su estado consciente se revela como protagonista de su propia experiencia (Damasio, 2010).

La sensación y la idea de ser tiene discontinuidades, pero prevalece una sensación de identidad y continuidad asociada a ese estado de base activo en el sujeto. A partir de este estado se reconoce a sí mismo, se identifica y se define. Su conciencia de ser se revela a través de este sentimiento de sí-mismo. A pesar de las permanentes transformaciones de la vida, donde incluso el cuerpo experimenta transformaciones tan radicales como el pasaje de la primera infancia a la ancianidad, el sujeto se reconoce como ese individuo que supone ser.

El sujeto se percibe a través de su imagen de sí mismo, sea cual fuera esta. El total de sus percepciones, ideas y sensaciones, surgen a través del cristal por el que mira, y forman parte de una misma unidad de ser. Aunque el cristal cambie modificando su imagen del mundo, de sus ideas y apreciaciones, hay un nivel donde su sensación de ser sí mismo permanece. Se naturaliza un tipo y calidad de apreciación identificándose con ella, y se le otorga el carácter de identidad. Se confía en esta identidad y se cree que es ella. Así, el concepto de identidad de ser, a través del que el sujeto se identifica, se vuelve complejo, revela varias dimensiones.

En el centro de las descripciones anteriores, opera como factor determinante y punto de anclaje de todas las conductas, ideas y sensaciones del sujeto, el sí-mismo. Desde él se reconoce, se identifica y se proyecta. El sí-mismo es la expresión del núcleo de la persona, remite a su identidad y revela su conciencia.

El sí-mismo es un elemento central y determinante del campo de la psicología. Coloca a esta ciencia y arte en una dimensión que remite a su sentido original expresado en su etimología como conocimiento del alma humana. La idea de alma, en tanto entidad inmaterial, no encuentra espacio en el campo de la ciencia, basada fundamentalmente en lo mensurable y la evidencia cuantificable. Alma es un vocablo que pertenece al núcleo central de la religión, los sacerdotes eran los “médicos del alma”. También algunos filósofos fueron considerados “médicos del alma”, y de sus más apasionados estudiosos. Siendo el alma el objeto de estudio de la psicología según la etimología del vocablo, vemos que cuando la psicología busca establecerse como ciencia, separándose de la filosofía, y teniendo que confrontar con su hermana mayor, las ciencias naturales (basadas en el método científico), sufre las consecuencias de ese encuentro. Erich Fromm (1987) dice que cuando la psicología académica toma los parámetros de las ciencias naturales “se dedica a todo menos al alma” (p.16). Es un desafío para la psicología, como ciencia humana, resolver sus complejidades epistemológicas, que entran en tensión sobre la contradicción entre una ciencia con fundamento en la evidencia y una disciplina cuyo fundamento, según su etimología, es el alma o *psyché* (gr.), el soplo de vida, aquello que anima, algo inmaterial

y no evidente.

Este trabajo toma el concepto de sí-mismo, reconociendo la dificultad epistemológica de su abordaje, y expone múltiples visiones sobre dicho concepto. Las organiza por áreas: en una primera parte indaga sobre la definición del concepto en distintos campos disciplinares; en una segunda parte describe dos modelos diferentes de génesis del sí-mismo, en una tercera parte realiza una recapitulación del concepto en el campo de la psicología y su antecedente en la filosofía; en una cuarta y última parte se realiza una síntesis y se extraen conclusiones.

1- Acerca del sí-mismo.

El concepto de “sí-mismo” está en el núcleo central del campo de la psicología, sin embargo dar cuenta de él en el marco de la psicología como ciencia lo vuelve un elemento evasivo, oscuro, escurridizo, algo que se da por supuesto en la experiencia inmediata e íntima del sujeto, pero que nadie puede señalar concretamente, casi como una referencia mítica. La noción de sí-mismo está íntimamente ligado a las nociones de conciencia, de sujeto, y de identidad.

Gordon Allport (1980) se refiere a dicho concepto como “el terrible enigma” que necesita ser abordado por cualquier teoría de la personalidad que aspire a ser completa. Dice: “este tema plantea profundos dilemas filosóficos concernientes a la naturaleza del hombre, del alma, de la libertad y de la inmortalidad” (p.142). Le resulta inadmisibles la huida a su abordaje que reconoce en muchos estudios psicológicos, aunque dice comprender dicha actitud de huida dado lo complejo del problema.

1- Cuando se habla del “sí-mismo” en el campo de la psicología aparece estrechamente vinculado al “yo”. La falta de claridad en la distinción entre estos dos conceptos, que figuran dentro de los más significativos en el campo de la psicología, ha resultado en un uso ambiguo de ambos términos, incluso se los trata como equivalentes. La diversidad de sentidos con que se usa el término sí-mismo incrementa la dificultad de su abordaje. Los distintos enfoques y terminologías formuladas (yo, ego, self, sí-mismo, autoimagen, etc.), junto a la dificultad de la traducción entre idiomas no han permitido precisar de forma lógica y darle una coherencia al desarrollo del concepto. (Seoane, 2005,p.69)

Ya en 1937 Charles Spearman describe, en su obra *Psychology down the Ages*, gran cantidad de acepciones para estos dos términos (Aisenson,1979). Ashmore y Jussim, en 1997, señalan que: en 1960 eran necesarias cuatro categorías para agrupar toda la literatura psicológica sobre el “self” (autoconcepto, autoevaluación, autopercepción y autoestimulación); en la década de 1970 se necesitaron incluir catorce categorías más, en los 80 dieciséis categorías más, y que en los 90

(hasta 1997) se habían agregado seis categorías. Así, en el 2005 se consideraba que existían 40 aspectos diferentes que se estudiaban en el terreno psicológico para trabajar adecuadamente la idea de “sí-mismo” (Seoane, 2005,p.42).

2- La dificultad semántica de estos términos está fundamentalmente determinada por la complejidad de lo que son y representan. Son términos de naturaleza funcional y no entidades sustanciales, es decir no son objetos aprehensibles, son centros dinámicos. José Bleger los caracteriza como organizaciones funcionales de la conducta, que sintetizan y representan los núcleos esenciales que configuran la individualidad (Aiseson, 1979,p.2y5).

Tanto el sí-mismo como el yo son reales como disposiciones o actitudes, y se revelan en las vivencias y comportamientos de la persona, pero a la hora de dar cuenta de ellos desde una perspectiva objetiva el problema se torna de difícil resolución. Al no ser entidades con sustancia, al no poder fijar límites que ayuden a su definición, la investigación científica clásica se ve dificultada en el estudio de una función que se revela esencialmente en la vivencia subjetiva, particular e íntima del individuo (Ibid.). En su estudio se desdibujan las fronteras de la psicología, la filosofía y la antropología; esta amplitud si bien puede resultar dificultosa, también ofrece la posibilidad de una perspectiva más aproximada al complejo objeto de estudio.

3- La indagación en torno a la noción de sí-mismo guarda una doble importancia, por un lado precisar la definición del concepto, por otro lado esclarecer el significado del fenómeno. En el abordaje del concepto cabe distinguir dos dimensiones: el estudio del sentido del sí-mismo y el estudio de la naturaleza del sí-mismo. Ambas orientaciones conducen a conocimientos diferentes. Los estudios psicológicos hacen principalmente foco en el sentido del sí-mismo, el estudio de su naturaleza tradicionalmente quedó relegado al campo de la filosofía (Allport, 1980,p.171). Desde la neurociencia Antonio Damasio (2010) señala la importancia de definir el proceso de elaboración de un sí-mismo ya que el sí-mismo es la expresión del estado de ser consciente (p.28).

Todas las áreas de estudio en psicología, desde la personalidad y el carácter, hasta las consideraciones sistémicas, derivan y convergen en algún momento hacia la consideración del individuo en sí, que se manifiesta en su conducta propia y particular, y que tiene asiento en su sí-mismo.

Sobre las definiciones

El campo de las definiciones es un terreno delicado. Cuando se define un concepto se puede distinguir entre lo que es y lo que significa. Gregory Bateson (2011) señala que un significado está determinado por un contexto, y sin este, “las palabras y las acciones carecen de significado”

(p.25). Agrega que la educación y la cultura ha adiestrado a pensar en pautas fijas, que desde niños se inculca que “la manera de definir algo es hacerlo mediante lo que supuestamente es en sí mismo, no mediante su relación con otras cosas”, y subraya la irrealidad a la que esto induce, ya que, como se dijo, la comprensión de un significado requiere de un contexto (p.27).

Especialmente en la definición de sí-mismo encontramos este tránsito difícil entre lo que es y lo que significa.

2- Definición de sí-mismo.

El sí-mismo es la sensación y el sentimiento de ser, es la expresión subjetiva a través de la que el individuo define su identidad, y el núcleo que determina la unidad de la conciencia. Es un concepto íntimamente vinculado al estado de ser consciente. (Damasio, 2010; Allport, 1980)

Estos conceptos se pueden reconocer como comunes en la mayoría de los autores en los distintos campos disciplinares, de forma explícita o implícita. Pero, a la hora de definir a ese sí-mismo desde una perspectiva, sea un campo disciplinar o un corriente dentro de estos, el concepto aparece como un terreno plagado de visiones diversas y en ocasiones contrapuestas, que coexisten en un delicado equilibrio.

Un aspecto que lleva a la dificultad de su definición es que siendo el sí-mismo la experiencia íntima de ser, esencia de la subjetividad, su objetivación para conceptualizarlo encuentra serias dificultades. La investigación basada en la observación y experimentación, que opta por no dar saltos inferenciales y toma sólo sucesos objetivos, no responde interrogantes básicas sobre la naturaleza de la experiencia subjetiva (Stern, 1991, p.17-18). Cuando se conceptualiza a partir de inferencias lo representado va a estar determinado por el marco contextual donde se produjo tal interpretación. Así encontramos que las definiciones del sí-mismo, según sea el campo desde donde parte la definición, aborda dimensiones y aspectos diferentes del concepto.

2.1- En la filosofía, que fue el primer campo de investigación del sí-mismo y sus límites, las concepciones del sí-mismo se basaron en la reflexión introspectiva, así el concepto se caracterizó por su sentido reflexivo. En la especulación filosófica, la definición se orientó hacia la naturaleza del concepto, y por ende hacia la naturaleza humana, en tanto que el sí-mismo es el núcleo de la identidad del sujeto. El abordaje del tema ha sido abundante y diverso desde los orígenes de la filosofía, y en él se encuentra tanto la afirmación de la existencia de un sí-mismo así como su negación. Como ejemplo de esto se puede mencionar como Locke afirma la existencia de un sí-mismo desde una perspectiva metafísica. Este sí-mismo tiene su asiento en un yo trascendental, puro y neutro, una substancia que puede existir independientemente de las ideas. También

William James afirma la existencia de un sí-mismo, pero busca argumentar sobre un fundamento biológico y trata de alejarse de la argumentación metafísica (Seoane, 2005; Damasio,2010). Mientras que Hume niega la existencia de un sí-mismo, afirma que: “nunca puedo atraparme a mí mismo en todo momento sin una percepción, y nunca puedo observar otra cosa que la percepción”, “[...] puedo aventurarme a afirmar que todos los demás seres humanos no son sino un haz o una colección de percepciones diferentes, que se suceden entre sí con una rapidez inconcebible, y están en un perpetuo flujo de movimiento” (Damasio,2010,p.31).

Más acá en el tiempo Edgar Morin (1994) plantea una concepción del sujeto y del sí-mismo en un sentido relacional y en el marco de un proceso de diferenciación. Considera al sujeto partiendo de la noción de autonomía, concepto que habla de dependencia en relación a un entorno y auto-organización, en contraposición a libertad, esta última habla de desligarse de constricciones y ataduras. Dice que ser autónomo es ser dependiente del mundo exterior del que se toma energía e información para construir el propio comportamiento (p.70). Así, el mundo interno surge como una diferenciación del mundo exterior, el que aparece como referencia en la construcción de la propia autonomía. Señala la complejidad y la relatividad de la autonomía del sujeto, en el reconocimiento de que la sociedad es creada por el conjunto de los individuos y simultáneamente la sociedad es productora de los individuos.

Así, desde la perspectiva de cada filósofo, la definición del concepto de sí-mismo adquiere un significado particular. La afirmación y la negación de la existencia de tal fenómeno desde la filosofía, nos coloca ante la evidencia de una naturaleza compleja y difícil de reducir para su conceptualización. En síntesis, existe algo que emerge, que aunque no sea una experiencia constante, tiene lugar y se expresa como estado consciente de ser; cuando este estado surge lo reconozco a través de las percepciones que registra; en base a lo anterior hay una identidad que puedo referir en función de las percepciones registradas, es una identidad impermanente, y hay una identidad más difícil de determinar: ¿quién es ese que percibe?, hay una respuesta muy simple que puede dar el sujeto de la experiencia y solo él, pero que se vuelve a transformar en un acertijo para el que pregunta, la respuesta es yo.

Una particularidad de la producción filosófica es que dicho conocimiento es tomado como puntos de vista, percepciones particulares, y no como verdades, dado que planteado como verdades llevaría a excluir a alguna de las posiciones, porque no puede haber una afirmación y una negación de la existencia de un fenómeno y que ambas sean tomadas como verdad en la misma categoría lógica, ya que existe o no existe. La perspectiva de cada mirada está ofreciendo un

aspecto del fenómeno observado, el fenómeno en sí es uno solo, pero el fenómeno a través de sus descripciones se vuelve múltiple.

2.2- En la biología, donde el método es el de las ciencias naturales, basado en evidencias cuantificables, el concepto de sí-mismo adquirió un carácter material. Las dificultades metodológicas de la ciencia para abordar este tema lo dejó fuera de agenda por mucho tiempo; vuelve a reaparecer con las ciencias cognitivas. Antonio Damasio (2010), desde las neurociencias, afirma la existencia de un sí-mismo. Aclara el carácter de conjetura de las hipótesis que formula debido al poco conocimiento científico sobre el tema. Desde esta perspectiva el sí-mismo es una función de la mente, y la define como un proceso, no un objeto, que se manifiesta como la sensación y el sentimiento de ser; y opera como la expresión y el núcleo de la subjetividad y de la identidad personal.

Cuando habla del sí-mismo también necesita hablar de los conceptos íntimamente asociados a él, contextualizarlo, para obtener una imagen y un significado de tal función mental. Así afirma que sin sentido de sí-mismo no hay capacidad de ser consciente. Su hipótesis es que “la conciencia surge cuando a un proceso básico de la mente se le añade un proceso como el sí mismo. Cuando este mismo proceso de identidad subjetiva no se da en la mente, ésta no es, estrictamente consciente” (p.25-26). A el estado de ser consciente lo define como “la portentosa aptitud que consiste en tener una mente provista de un propietario, de un protagonista de la propia existencia, un sujeto que inspecciona el mundo por dentro y a su alrededor, un agente que en apariencia está listo para la acción” (pág.19), lo que coloca al sí-mismo como centro de la acción y el aglutinador de la experiencia. Señala que una mente activa solo es reconocida donde se desarrolló una conciencia subjetiva capaz de funcionar como testigo de la mente. Así, las nociones de protagonista y de testigo no son metáforas, sino que son funciones que cumple el sí-mismo en la mente. El sí-mismo entonces aparece como el medio natural a través del que se conoce la mente. La subjetividad está determinada por el sentimiento que invade a las imágenes creadas en la experiencia, y la conciencia es la responsable de este reconocimiento. (p.30y33)

Este autor sigue una concepción donde tanto la conciencia como el sí-mismo sería explicable por la acción del sistema nervioso central, ya que la mente es para él un producto del sistema nervioso. Supone que puede reducir el fenómeno psíquico a una base orgánica o un origen fundamental, dando así una explicación de base causal y lo determina a ese fundamento. Los significados y las comprensiones en su planteo se reducen y acotan a la estructura biológica material y su fisiología. Recrea la metáfora de las ciencias cognitivas de funcionar como una

computadora. El sujeto es visto como un procesador activo de información, capaz de computar las posibles acciones. Las operaciones mentales que dan lugar a la conciencia y al sí-mismo procesan la información y las señales en función de un criterio intrínseco construido dentro del propio sistema. La mente aparece como un espacio cerrado, autosuficiente, e individual, producida por el organismo del sujeto. El sí-mismo opera como nexo con lo externo y el producto interno de la experiencia.

Es gráfica su afirmación del papel del sí-mismo como manifestación de la subjetividad. Dice que sin subjetividad no habría creatividad, el arte no habría existido, el amor se reduciría a sexo, el dolor no se habría convertido en sufrimiento y sería solo una sensación que no sería catalogada como mala, así como el gozo también solo sería una sensación que no sería catalogada como buena. Sin subjetividad no habría cultura, ni conocimiento ni historia (p.21).

2.3- En el campo de la psicología el concepto de sí-mismo adquirió un carácter de tipo funcional dentro de las concepciones teóricas. El sí-mismo surge como una realidad en la práctica clínica, y ese conocimiento empírico es conceptualizado dentro del marco teórico de la práctica, se lo adecua a la orientación. Allport (1980) señala que la psicología ha prescindido de la definición del concepto desde su naturaleza para jerarquizar su función. Así encontramos una gran variedad de tratos y acepciones del concepto de sí-mismo, correspondientes a los diferentes desarrollos teóricos. (Esto se desarrolla con más detalle en la sección 5, aquí se expone una síntesis para ejemplificar la diversidad de consideraciones sobre dicho concepto).

Algunos autores distinguen entre un sí-mismo corporal y un sí-mismo social; Freud dice: “el yo es ante todo un ser corpóreo” (Freud en Aiserson,1979,p.), mientras que para la corriente culturalista norteamericana, representada por Erich Fromm, Karen Horney, Harry Stack Sullivan, el sí-mismo es un producto social (Aiserson,1979). El diccionario de psicología de Howard C. Warren define al sí-mismo como “el individuo considerado como consciente de su continua identidad y de su relación con el medio. Sinónimo: ego” (en Allport,1980,p.146), mientras que en el famoso diccionario de psicoanálisis de Laplanche-Pontalis (2004) no aparece referencia alguna como self o sí-mismo en la sección correspondiente a la letra S, ni siquiera que remita a otra parte del texto donde se mencione.

Para Allport (1980) el sí-mismo, al que denomina *proprium* para distinguirlo de otras acepciones, es “el primer criterio de nuestra existencia personal y de nuestra identidad, el único seguro” (p.142); pero con esto no define qué es. Lo describe como “algo de que nos damos cuenta inmediatamente,(...) la zona central, íntima, “cálida”, de nuestra vida,(...) el núcleo de nuestro ser”

(p.141). Reconoce su cualidad de expansión “que parece querer dominar nuestra conducta y nuestra conciencia” y su opuesto, el “desvanecerse completamente, de modo que nada nos recuerda su existencia” (Ibid). Dice que “parece como si la conciencia de sí-mismo fuese como una camisa, que es fácil de quitarse” (p.148). Este autor reconoce la dificultad clave del tema en el problema del “conocedor”, que surge en la pregunta: “¿quién es el yo que conoce al yo corporal, que tiene una imagen de mí y posee sentido de identidad, que conoce los impulsos y tendencias que tengo yo?. Yo sé todas cosas y, lo que es más, sé que las sé. Pero ¿quién es este yo que sabe todas estas cosas?” (Allport, 1980,p.162). Daniel Stern (1991) señala que si bien como adultos tenemos un sentido muy real del sí-mismo, “no hay dos personas que se pongan de acuerdo sobre lo que es”. Dice: “está el sentido de un sí-mismo que es un cuerpo único, distinto, integrado; está el agente de las acciones, el experimentador de sentimientos, el que se propone intenciones, el arquitecto de planes, el que transpone la experiencia al lenguaje, el que comunica y participa el conocimiento personal”, sin embargo el sí-mismo subsiste como realidad subjetiva (pág.19).

Se puede apreciar como el terreno se vuelve dificultoso para una definición del concepto de sí-mismo en los distintos autores. Unos toman el concepto desde una perspectiva fenomenológica, otros no hacen foco deliberado en su estudio, pero a partir de sus consideraciones teóricas generales se puede inferir consideraciones sobre el sí-mismo, otras corrientes y autores desarrollan profundas conceptualizaciones y teorías que vuelven más complejo el panorama. Otras teorías orientan al concepto en nuevas dimensiones creando cambios paradigmáticos.

La evolución del concepto de sí-mismo revela una evolución en la concepción del individuo: del sujeto cartesiano que se reconoce a través de su pausa reflexiva, el sujeto freudiano con su funcionamiento psíquico individual determinado por lo inconsciente, el sujeto de los humanistas en búsqueda de su potencial, o el sujeto como emergente de su trama relacional de los sistémicos, etc.

En la sección 5 se realiza una genealogía del concepto de sí-mismo en el campo de la psicología, donde se busca reconocer aspectos fundamentales del fenómeno y factores que lo determinan. Se consideran los modelos de génesis del sí-mismo planteados por Antonio Damasio (2010) desde las neurociencias y Edgar Morin(1994) desde la filosofía como apoyo para la consideración del concepto. También se plantea el concepto de sí-mismo encapsulado, concepto formulado por Goolishian (1994) como metáfora de la concepción intrapsíquica del sí-mismo, en contraposición al sí-mismo como producto de la relación inter-psíquica. Se ejemplifica a través de dos modelos

clínicos, lo que a su vez permite mostrar lo dicho acerca del sentido funcional otorgado al sí-mismo en diferentes marcos teóricos.

3- Dos perspectivas sobre la génesis del sí-mismo:

Edgar Morin desde la filosofía y Antonio Damasio desde las neurociencias.

El modelo propuesto por Damasio (2010) responde a una concepción de sí-mismo de carácter material, donde tanto la conciencia como el sí-mismo son explicados por la acción del sistema nervioso central. Su argumentación desde la ciencia necesitó establecer, como afirmación que se valida a sí misma, la hipótesis de que un fenómeno mental se corresponde con un fenómeno cerebral, dado que este último puede ser registrado (p.39). Así, el fenómeno psíquico se supedita a una base orgánica, y se da una explicación de base causal. Los significados y las comprensiones se reducen y acotan a la estructura biológica material y su fisiología.

El modelo propuesto por Morin (1994) desde la filosofía responde a una concepción de sí-mismo de carácter reflexivo. Busca dar una fundamentación “bio-lógica” en el sentido de conocimiento de lo vivo y la lógica del ser-vivo, no en el sentido de la biología como disciplina dentro de las ciencias naturales. Busca fundamentarse en la ciencia y no en la metafísica a diferencia de otros antecedentes filosóficos. Esta idea de ceñirse a la explicación científica lo lleva a la metáfora de la máquina computante. Señala lo inadecuado que es el método científico para abordar este tema. Hace hincapié en el aspecto relacional, resaltando las nociones de autonomía/dependencia, autoorganización y diferenciación como características claves del sujeto. (p.67).

1-Ambos modelos recrean la metáfora de las ciencias cognitivas de funcionar como una computadora. El sujeto es visto como un procesador activo de información, capaz de computar las posibles acciones. Las operaciones mentales que dan lugar a la conciencia y al self procesan la información y las señales en función de un criterio intrínseco construido dentro del propio sistema. La mente aparece como un espacio cerrado, autosuficiente, e individual, producida por el organismo del sujeto. El self opera como nexo entre lo externo y el producto interno de la experiencia.

2- Antonio Damasio (2010) afirma tajantemente que existe un sí-mismo, que es un proceso y no una cosa, y que está presente todo el tiempo que estamos conscientes (p.26). Edgar Morin (1994), parte de la duda de la existencia del sí-mismo. Afirma que por un lado es evidente en tanto que en casi todas las lenguas existe una primera persona del singular que refleja la experiencia propia, pero cuando se buscan sus determinismos físicos no se encuentra nada (p.67).

3- Tanto Morin como Damasio consideran la existencia del sí-mismo a partir de la misma

referencia: la conciencia. Morin (1994) se enfoca en la noción de sujeto y plantea su aparición en la premisa cartesiana de la duda y la reflexión (como testimonio de la propia existencia) (p.67). Damasio (2010) investiga sobre la conciencia a partir del sí-mismo. Define a la capacidad consciente cómo la mente operando subjetivamente. Para abordar el tema de la conciencia, se enfoca en el estudio de los sentimientos, considerando que estos son el rasgo definitorio de la subjetividad, especialmente el sentimiento de ser sí-mismo (p.20).

4- Ambos autores toman como referencia en la investigación del sí-mismo, sus antecedentes en la evolución. Ambos reconocen en organismos básicos como las bacterias, que no poseen sistema nervioso, la existencia de una forma primitiva de sí-mismo, que permite un reconocimiento operativo de sí y se diferencia del ambiente. Así, proponen que la subjetividad se ha desarrollado originándose en organismos vivos primitivos, hasta llegar a la forma compleja que es en el ser humano.

3.1- La génesis del sí-mismo según Damasio.

Sobre el sí-mismo: Damasio (2010) describe dos perspectivas desde las que se puede observar al sí-mismo para su abordaje: 1) el “sí-mismo como objeto”, que resulta de la percepción de un objeto dinámico construido por ciertos rasgos y características (funcionamiento de la mente, el comportamiento y la historia), es la descripción de lo registrado por el observador, y 2) el “sí mismo como sujeto que conoce”, el que le da un enfoque a las experiencias. Estos dos niveles presentan diferentes grados de dificultad para su abordaje, y son dos categorías de información diferente. Afirma que estas dos perspectivas corresponden con dos estadios diferentes del desarrollo evolutivo del sí-mismo, entre los que hay continuidad, y corresponden a niveles funcionales distintos de la conciencia (p.26). El “sí-mismo como objeto”, corresponde a una primera etapa, donde se toma un mí-mismo material como objeto, lo describe como “una colección dinámica de procesos neuronales, centrados en la representación del cuerpo vivo, que hallan expresión en una colección dinámica de procesos mentales integrados”(p.28). El “sí-mismo como sujeto que conoce” tiene su origen en el “sí-mismo como objeto”, y es descrito como una forma más esquiva, fugaz, dispersa, en tanto que es un proceso sutil interno del individuo, “que a menudo se disuelve en la corriente de la conciencia, a veces de modo tan fastidiosamente sutil que está pero no está allí, (...) la presencia de la conciencia de sí es tan sutil que los contenidos de la mente dominan la conciencia a medida que afluyen en su corriente” (Ibid). Surge así en la noción de identidad subjetiva una cualidad dual. Esta peculiaridad de una dualidad en torno al concepto de sí-mismo se reflejará habitualmente en los diversos abordajes y conceptualizaciones

de dicho concepto.

Damasio (2010) plantea que el cuerpo es el fundamento a partir del que se desarrolla la mente consciente, dicho proceso ocurre en distintas fases.

1- La creación del proto sí-mismo: El cerebro crea, en estructuras de la región superior del tronco encefálico, que son las estructuras más primitivas del sistema nervioso, mapas que son las representaciones de los aspectos más estables de la función corporal, y operan como imágenes en la mente (el término imagen refiere al producto de cualquier procedencia sensorial, sea visual, auditiva, visceral, táctil, etc.). Esto constituye el proto sí-mismo, base del sí-mismo. Las estructuras cerebrales que crean el proto sí-mismo están en un lugar de pasaje en el sistema nervioso central, reciben gran cantidad de información que llega desde el cuerpo y desde las estructuras superiores del cerebro. Se crea así un bucle de resonancia perpetuo donde “el cuerpo y cerebro se adhieren”. Lo ejemplifica diciendo que el cuerpo es como una roca sobre la que se levanta el proto sí-mismo, que a su vez funciona como un eje en torno al cual gira la mente consciente.

2- La creación de los sentimientos primordiales: El producto primario y elemental del proto sí-mismo son los sentimientos primordiales. Estos no son las primeras imágenes que genera el cerebro, pero son manifestaciones inmediatas de los estímulos que recibe el organismo; es la sensación sin asociación alguna, sin conceptualización, es la cognición más primitiva, una clase de imagen generada por la interacción entre el cuerpo y el tronco encefálico a través de los circuitos neurales que los conectan. Ofrecen una experiencia directa del cuerpo vivo, reflejan su estado. Estos sentimientos primordiales operan desprovistos de palabras, de una manera sencilla y escueta; reflejan la existencia pura, sin el filtro de la interpretación (Damasio, 2010,p46). Así, la experiencia corporal, los acontecimientos que el cuerpo vive, son reducidos a mapas en el cerebro, en una permanente unión e interacción cuerpo-cerebro.

3- La creación del sí-mismo central: La mente consciente comienza cuando el sí-mismo adquiere sentido para ella. El proceso que comienza a nivel del tronco cerebral, no en la corteza, a través de los sentimientos primordiales (que son el fundamento que el proto sí-mismo le ofrece a los niveles superiores del sistema nervioso para la creación del sentimiento de sí-mismo), se crea un sí-mismo central que se ocupa de la acción y de las relaciones del organismo con los objeto. “El sí-mismo central se despliega en una secuencia de imágenes que describen un objeto que atrae al proto sí-mismo y lo modifica, incluso a los sentimientos primordiales”(Damasio,2010, p.47-48).

4- la creación del sí-mismo autobiográfico: Por último tiene lugar la formación de un sí-mismo

autobiográfico; es un sí-mismo definido en términos de información biográfica. Las múltiples imágenes que definen una biografía generan impulsos del sí-mismo central, y en su suma crean el sí-mismo autobiográfico.(Ibid)

La naturaleza mental y neural del sí-mismo central y del sí-mismo autobiográfico son muy diferentes. (Damasio,2010,p.53)

3.2- La génesis del sí-mismo según Morin.

1- Morin (1994) señala como característica común de los organismos vivos, la capacidad de procesar información, signos, índices y datos, movidos por una autofinalidad a lo que le llama la función de computar. Así, el organismo vivo es una máquina-estructura que computa.

2- La realización de este computar movido por una autofinalidad significa colocarse en el centro de su mundo. Sin tal reconocimiento de sí no se podría cumplir con las propias funciones básicas para sobrevivir. Es aquí cuando, para Morin, aparece el sujeto.

3- Computar por y para su propia finalidad es una autoconstitución identitaria. Considera que la individualidad genética es el primer signo de identidad, el primer reconocimiento de sí-mismo, que determina la matriz estructural del sujeto. La estructura genética, el ARN y ADN, de las formas vivas primarias, es “algo equivalente a información, a programa, a memoria; es decir, algo cognitivo. Y ese algo cognitivo juega un papel permanente en todos los procesos de la organización viva.” (p.72-73).

4- El principio de identidad por el que se reconoce a sí mismo se caracteriza por discernir diferencias y equivalencias. Se representa metafóricamente en la frase “yo soy mí-mismo”, yo me fundamento a mí-mismo a través de ocupar ese lugar central donde surge mi capacidad de reconocermé y que solo yo puedo realizar. “Yo soy mí-mismo” es una información y un principio grabado en los organismos vivos (aunque no esté formulado en el lenguaje humano), sin el cual no podrían existir, porque no podrían tratar con sí-mismos.

5- Dice Morin (1994) que el “yo es el acto de ocupación del sitio egocéntrico”, “es el puro surgimiento del sujeto”, y el “mí” es la objetivación del “yo” (p.74). El yo, que emerge ocupando el centro de su mundo, se estabiliza a través de su objetivación como mí. Dicho proceso de objetivación requiere de una toma de distancia del yo con respecto a sí mismo. El mí como objetivación del yo opera como identidad. La condición de objetivación permite un trato objetivo con una finalidad subjetiva, posibilita todas las operaciones orgánicas propias. Es necesario un mínimo de objetivación del yo mientras permanezco sujeto para que sea posible el propio funcionamiento. El mí remite a la entidad corporal dice Morin (1994); tanto el yo como el mí están

incluidos en el sí-mismo, son dos fases de su desarrollo que coexisten.

6- Morin (1994) señala que ese tratamiento objetivo con finalidad subjetiva permite la autorreferencia en distinción de eso objetivado que aparece como “lo otro”. Así, la auto-organización es auto-eco-organización, y la autorreferencia es auto-exo-referencia, “para referirse a mí mismo hay que referirse al mundo exterior”, esto constituye la identidad subjetiva (p.75). Así aparece una distinción clave entre el sí-mismo y el no-sí-mismo, que no es exclusivamente cognitiva, sino que atribuye un valor diferente a cada uno de estos aspectos, a lo que es considerado como propio y lo que no.

7- Dice que “el yo realiza la unidad” a través de ocupar el lugar central de su mundo, en el que se mantiene a través de todas las modificaciones que se producen en la manifestación. Esto da la sensación de continuidad y la ilusión de estabilidad de la identidad, a pesar de las profundas transformaciones que ocurren en el cuerpo, el ánimo y el ambiente (p.76).

La concepción de este autor apunta a la esencia relacional de lo humano, así formula un conjunto de principios: (1) Los principios de exclusión e inclusión. El principio de exclusión refiere a que solo yo puedo decir yo, ningún otro puede colocarse en ese lugar. El principio de inclusión refiere a la posibilidad de integrar la subjetividad personal en una subjetividad colectiva como por ejemplo en la familia y los grupos de pertenencia. Señala el conflicto entre ambos principios que se puede ejemplificar tanto en el sacrificio personal en beneficio del grupo o del otro, o el beneficio personal en detrimento del otro. En el egocentrismo predomina el principio de exclusión y en la abnegación y el sacrificio predomina el principio de inclusión. (2) El principio de intercomunicación con un semejante. Este principio está íntimamente relacionado a los principios de inclusión y exclusión, particularmente a el primero, no podría haber inclusión sin el relacionamiento determinado por la intercomunicación.

Estos dos niveles, el “yo” de donde surge el “mí” como yo objetivado, se los puede comparar y equiparar a los niveles del “proto sí-mismo” y el “sí-mismo central” en el modelo de Damasio, por la distancia entre ellos y su desarrollo a partir uno del otro. Los dos niveles, el yo y el mí, igual que el “sí-mismo como objeto” y “como sujeto que conoce”, apuntan una vez más a la doble naturaleza del sí-mismo antes mencionada. La distinción entre sí-mismo y no-sí-mismo que señala Morin concuerda con el papel de los sentimientos para Damasio como formas de identificación de lo propio.

3.3- En el campo de la psicología, donde el sí-mismo adquiere el carácter funcional como conocimiento empírico, encontramos modelos de génesis del sí-mismo como el de Daniel Stern

(1991), entre otros. Este autor asocia el sí-mismo directamente al proceso evolutivo, y le da un enfoque estrictamente vinculado a la vida social del infante y su relacionamiento con el entorno. Sostiene que a lo largo del desarrollo no hay un período de total indiferenciación sí-mismo/otro. Afirma que desde el nacimiento hay un sentido de sí-mismo emergente, preconstituido, que le permite los procesos de auto-organización. Describe una capacidad de percatación primitiva, no auto reflexiva, en las etapas pre-verbales del infante; una experiencia directa sin elaboración conceptual. Supone que cuando esta experiencia se repite, crea un patrón constante de percatación y se convierte en una forma de organización. Dice que “es la experiencia subjetiva organizadora de todo lo que más tarde será designado verbalmente como el sí-mismo.(...) es el equivalente pre-verbal, existencial, del sí-mismo objetivable, autorreflexivo, verbalizable”(p.21). Desde una perspectiva clínica el jerarquiza las disfunciones en estos momentos primarios del fenómeno del sí-mismo, en etapas pre-verbales, como factores claves de la disfunción psíquica y la psicopatología.

Describe que entre los dos y los seis meses se consolida un sentido de sí-mismo nuclear “como unidad separada, cohesiva, ligada, física, con sentido de su propia agencia, afectividad y continuidad en el tiempo” (p25). Entre los siete y los quince meses describe la formación de un sentido de sí-mismo subjetivo. Esta fase está incluida mayormente en el período entre los nueve y los dieciocho meses, período “consagrado a la búsqueda y creación de la unión intersubjetiva con el otro” (p25), y su foco no es, como tradicionalmente se menciona, la búsqueda de independencia, autonomía e individuación. En el mes dieciséis comienza un sentido de sí-mismo verbal. Cada sentido de sí-mismo define un dominio de la experiencia de sí-mismo y del relacionamiento social, y permanece durante todo el ciclo vital.

4- El concepto de self encapsulado: Un ejemplo del sí-mismo en dos mapas teóricos.

El concepto de self encapsulado, formulado por Harold Goolishian (1994), refiere a considerar al self como un sistema aislado perteneciente a una persona. Su autor lo describe como “un suceso independiente en el universo, un sistema motivacional y cognitivo singular, que es el centro de la conciencia, el juicio y la vida emocional”, donde “la persona que está a cargo del self es dueña de sus acciones y capacidades y se halla circunscrita por límites claramente definidos” (p.294). Señala a esta visión como la que subyace en corrientes psicológicas humanistas, el psicoanálisis, y en los movimientos fenomenológicos e introspectivos, donde el sí-mismo es considerado “una entidad abstracta, diferenciada y separada de las restantes construcciones psicológicas”; atribuye su origen a la perspectiva introspectiva vinculada a la visión metafísica del self. (Ibid)

Para ejemplificar dicho concepto, y también dos conceptualizaciones diferentes de sí-mismo, se contra pondrán dos modelos teóricos.

4.1- Daniel Stern (1991), desde una perspectiva del psicoanálisis y la psicología del desarrollo, considera a el sí-mismo del individuo como centro de su dinámica existencial, motor de la vida anímica del sujeto, y cuyo mal funcionamiento es causa de la psicopatología. En consecuencia plantea todas las manifestaciones del sujeto referenciandolas en este núcleo, el sí-mismo. Así, busca conocer la génesis del sí-mismo en el individuo de tal manera de abordarlo para solucionar el conflicto.

En su hipótesis de génesis del sí-mismo (como se vio en punto 3.3), considera que algunos sentidos del sí-mismo tienen existencia mucho antes de la auto percatación y el lenguaje, incluso pueden ser anteriores al nacimiento. Aquí se establecería la base de la experiencia subjetiva. Por lo que considera que la alteración en estos sentidos pre-verbales pueden determinar la alteración de sentidos del sí-mismo esenciales para la interacción social, originando la psicopatología. Asocia ciertos cuadros psicopatológicos a la alteración de determinados sentidos del sí-mismo, por ejemplo la sensación de ajenidad de la propia acción y la pérdida de control de los agentes externos estaría vinculada a la disfunción del sentido de operar como agente; la despersonalización, desrealización, experiencias extracorpóreas y la fragmentación de la experiencia corporal estaría vinculada a la disfunción del sentido de cohesión física, etc. (p.22).

Su modelo plantea un desarrollo evolutivo del sí-mismo, en el que describe su formación a través de cuatro fases sucesivas pero que una vez establecidas coexisten: el sí-mismo emergente, el nuclear, el subjetivo y el verbal; se corresponde cada una con aspectos de la experiencia del sí-mismo y el relacionamiento social (p.26). El interés clínico que ve en su aporte es que la reconstrucción clínica del pasado del paciente se pueda vincular a los dominios de la experiencia del sí-mismo, y ubicar el origen de la patología en uno de esos dominios. Este primer modelo se corresponde con el concepto de self encapsulado.

4.2- En el otro modelo, el sí-mismo es concebido como narración. Se plantea a este modelo como un enfoque alternativo a los de self encapsulado. Buscando colocarse en una posición que evitara las complejidades de la visión filosófica y metafísica sobre el self, y la dificultad epistemológica de su abordaje, algunos investigadores optaron por considerar al self como narración, evitando preguntarse qué es. Consideraron a el sí-mismo como una narración autorreferencial, autobiográfica, que se escribe y reescribe constantemente, algo en tránsito, y no una entidad estable y duradera. Alejan al self de la biología, la neurofisiología, los datos científicos

observables, y de la especulación filosófica; también se alejan así de la perspectiva cognitiva que ve al self como una función en una máquina computante.

Los autores que definieron al sí-mismo como narrador, lo hicieron considerando que el proceso humano en su ambiente natural, ocurre fundamentalmente a través de la significación por medio del lenguaje. Afirman que esta es la actividad humana fundamental y predominante como seres sociales que somos por naturaleza. Consideraron al self como una expresión de esta capacidad. Considerando los modelos propuestos por Damasio, Morin y Stern, hay fases del sí-mismo y por lo tanto información del sujeto, que este modelo no contempla. Recuérdese que la información, y la naturaleza mental y neural del sí-mismo central y del sí-mismo autobiográfico son muy diferentes según Damasio (2010, p.53).

Así, este abordaje se sitúa en el campo de la interpretación y la hermenéutica. El individuo es considerado el coautor de una narración que hace suya, y se transforma, cambia y se enriquece permanentemente en su intercambio con su entorno (Goolishian, 1994, p.296). Este enfoque lleva a que en la psicoterapia se enfatice la construcción de una historia funcional a través de la reformulación de la vieja historia disfuncional, en lugar de enfocarse en la búsqueda de la “verdad arqueológica”. Aquí el self es conceptualizado como “una expresión cambiante de nuestra narración, una manera de contar la propia individualidad. Cambia continuamente y no está limitado o fijado a un lugar geográfico o a un momento en el tiempo.(...)La persona se constituye como sujeto en y por el lenguaje. El yo no es un sujeto o sustancia preexistente, en el sentido epistemológico o metafísico; es un sujeto hablante, así como el sí-mismo es nuestro modo de modificar permanentemente a través del lenguaje, nuestras acciones, nuestro pasado, presente y futuro, (...) el sí-mismo es siempre aprendido y está siempre en desarrollo” (Goolishian,1994,p.228-229).

La idea expuesta por Goolishian de que el sujeto se constituye en el lenguaje es un punto discutible a la luz de lo expuesto por Morin y Damasio. Incluso, en esta conceptualización del sí-mismo a pesar de la intención de alejarse de la filosofía tal concepción está muy próxima a Hume y a la negación de una identidad en tanto lo que hay es un permanente devenir de los contenidos. Goolishian (1994) señala que el self es “una expresión, un ser y un devenir a través del lenguaje y la narración”, y no una acumulación de experiencias o un fenómeno neurofisiológico (p.300).

5- Desarrollo del concepto de sí-mismo en la psicología.

El sí-mismo como experiencia es una materia prima central en la psicología, con la que se trata directa y constantemente en la psicología clínica. Cuando se lo conceptualiza su definición adquiere un carácter funcional dentro de los modelos teóricos. La búsqueda de la naturaleza humana a través de dicho concepto que encontrábamos en la filosofía, pierde intensidad en la psicología. En algunos casos el concepto adquiere un papel central dentro del modelo psicoterapéutico, en otros casos aparece como una referencia implícita referida al sujeto pero que no tiene un tratamiento ni consideración particular como sí-mismo.

A continuación se consideran los aportes que al concepto de sí-mismo se realizaron desde diferentes corrientes psicológicas. Para esto se eligieron algunos autores referentes en el campo de la psicología. Se busca no limitar la mirada a una corriente específica, sino generar una mirada panorámica que permita tomar a las corrientes como manifestaciones puntuales de un macro movimiento. Esto permite ver pautas comunes, semejanzas, diferencias, sincronías. Es particularmente evidente cuando se constatan fechas, y se puede observar que en determinado momento surge en distintas corrientes, en lugares distintos, una misma consideración, que va a recibir un trato y aplicación según las circunstancias y el contexto. Esto se puede constatar en la aparición de psicologías del yo y de la personalidad, en el surgimiento de la consideración de lo relacional, en el surgimiento de la terapia familiar, y también en el surgimiento de los abordajes transgeneracionales.

Se busca reconocer las consideraciones explícitas que se han formulado sobre el concepto de sí-mismo, o las que se puedan inferir. Se observa la evolución de niveles de determinación sobre el sentimiento de ser que es el sí-mismo. Esto revela una evolución de la concepción de la naturaleza humana, pasando del sujeto como dueño de sí a la consideración de sus determinaciones inconscientes, y de su consideración como un sujeto aislado a la consideración de su naturaleza relacional y social. Se pone en evidencia el efecto de la doble naturaleza de ser individual y social sobre el sentimiento de ser sí mismo. Se asocia esto al concepto de individuación. Algunos de los aportes que se citan en el campo de la psicología son cronológicamente simultáneos. (En ANEXO 1 figuran antecedentes en la filosofía).

5.1- El primero, dentro de la psicología como ciencia, en enfocarse al estudio de la conciencia de sí mismo y la identidad personal, y darle un tratamiento sistemático fue **William James** (1842-1910), filósofo y psicólogo de los EEUU, difusor del pragmatismo y del empirismo radical. Su obra

Principios de psicología fue publicada en 1890. Es referencia clave en la mayoría de los autores que abordan el tema del sí-mismo. (Seoane, 2005)

Su trabajo tiene el antecedente y es la continuación de la reflexión filosófica sobre este tema (vease anexo 1: antecedentes en la filosofía). Él afirma la existencia de un sí-mismo y una identidad propia, y se aleja de los postulados de Hume (que niega la existencia de algo que pueda ser considerado como identidad, argumentando que tal fenómeno era sólo un permanente transcurrir de percepciones). James quería darle a sus concepciones de la identidad personal un fundamento biológico que lo diferenciara de la conceptualización del “mí-mismo” como “un ente metafísico cognoscente”, que figuraba en autores como Locke, aunque esto no le impedía reconocer dicha función cognoscente en el sí-mismo (Damasio,2010,p.31). Es así que su enfoque adquiere características de abordaje fenomenológico, buscando basarse en evidencias, y lo lleva a formular un “sí-mismo empírico”. Pero aún así, su metodología de trabajo es la introspección, siguiendo la tradición filosófica. James dice:

[...] pero aún después de hacer este buen trabajo de introspección, tratando de deshacerse de lo peor, alza el vuelo en gran medida como lo hacen los filósofos substancialistas. Tal como ellos lo ven, el sí-mismo no es sino unidad, unidad abstracta y absoluta, y por eso Hume dice que no es nada más que diversidad, diversidad abstracta y absoluta; mientras que en verdad es esa mezcla de unidad y diversidad que ya hemos averiguado lo fácil que es de despedazar [...] (Hume) rechaza este hilo de semejanza, este núcleo de identidad que atraviesa los ingredientes del sujeto, para existir incluso como una cosa fenoménica.
(W. James citado en Damasio,2010,p.479)

Este autor pone énfasis en lo sutil de la presencia de la conciencia de sí, que lleva a la sensación de que son los contenidos mentales los que dominan la conciencia mientras fluyen por su corriente (Damasio, 2010,p.26). Distingue en el sí-mismo distintos niveles. Reconoce un “self empírico o mí” con tres componentes: la parte material (self material), es decir, los elementos materiales que forman parte del propio autoconcepto: cuerpo, casa, ropa, propiedades, etc.; la parte social (self social) que es el reconocimiento que uno percibe de sí por los semejantes, que se refleja en: la fama, el honor, la consideración personal, etc.; y la parte espiritual (self espiritual) que es el ser íntimo, privado, subjetivo, que se siente pero no se puede experimentar ni cuantificar desde afuera, con sus facultades, su sensibilidad, su moralidad. Decía que la persona tiene tantos sí-mismos sociales como grupos de pertenencia cuya opinión le es importante. Pero la idea clave del observador o testigo que surge en la pregunta ¿quién o qué es el sujeto que se reconoce en

cualquiera de las instancias del self empírico?, no encuentra respuesta en su obra. (Seoane,2005) En síntesis, afirma la existencia del sí-mismo, con esa mezcla de “unidad y diversidad” que reconoce en su interior, que opera como “núcleo de identidad”, que se extiende a los elementos que considera como partes propias del sujeto individual. Así, “el self empírico” es semejante a un “mí mismo como objeto”, y es la sumatoria de todo lo que el individuo podía llamar suyo. Considera que la identidad y unidad de la conciencia son las funciones del sí-mismo, y que no deben tratarse como principios puros cualitativamente distintos.

5.2- El sí-mismo en el psicoanálisis.

5.2.1- En el comienzo del siglo XX, surge con Freud un cambio profundo en la concepción del sujeto. Como se observa en las conceptualizaciones sobre el sujeto en la filosofía moderna (ver Anexo 1), la razón se había establecido como fundamento de la conducta. Se consideraba que el control y dominio que el hombre tenía sobre su vida operaba en su dominio conciente. Con el postulado de la hipótesis del inconciente surge el poder de una fuerza oculta que actúa sobre su acción y pensamiento, esta fuerza le provoca una fractura a la idea de sujeto unificado que funciona exclusivamente bajo la batuta de su razón. Así, el sí-mismo como la expresión de la subjetividad y el determinante de la identidad pasa a tener un condicionamiento por una variable invisible pero que se reconoce a través de sus efectos en las conductas. Ese sí-mismo adquiere relevancia de forma natural no por lo que es o no es como fenómeno, como era la consideración filosófica, sino por la forma en que está determinado en su manifestación, es decir, ese sí-mismo es el resultado de lo que el sujeto sabe y de lo que el sujeto no sabe que sabe y opera en él. El sí-mismo adquiere relevancia por su sentido, su significado.

El sí-mismo es conceptualizado en el modelo clínico psicoanalítico de Freud como un fenómeno intrapsíquico, “encapsulado” según la conceptualización de Goolishian (1994), es decir, un fenómeno encerrado dentro de sus propios límites. El modelo de Freud (1986) el funcionamiento psíquico es un fenómeno circunscripto al individuo; el conflicto psíquico aparece como el conflicto entre pulsiones y represiones que tienen lugar dentro del individuo. Así, el sujeto aparece como un sistema aislado, aunque se reconoce la importancia del ambiente. Robert Storolow (2012) dice:

El psicoanálisis freudiano supuso una ampliación de la mente cartesiana, la ‘cosa pensante’ de Descartes, con objeto de incluir un vasto territorio inconsciente. Sin embargo, la mente freudiana siguió siendo cartesiana, un sujeto carente de mundo y encerrado, o un aparato mental, que contiene y elabora los contenidos mentales, radicalmente separado de su entorno. La tradicional epistemología objetivista del psicoanálisis es coherente con su

cartesianismo (p.382).

Un problema que ya se presenta en el trabajo de Freud (1986) con respecto al concepto de sí-mismo, es la falta de precisión en la distinción entre un yo como estructura psíquica y el sí-mismo. Freud distingue desde el comienzo y con toda claridad, en su modelo del aparato psíquico, al yo del inconsciente. Pero el uso ambiguo que le da desde el inicio al término de yo permite distinguir dos acepciones. Por un lado lo usa igualándolo al concepto de sí-mismo de la persona, es decir, como un principio de identidad que involucra a la totalidad de un sujeto, incluido su cuerpo, y que permite diferenciarlo de otro. La otra acepción es la descripción de una determinada parte de la psique la que es definida en su modelo teórico como estructura psíquica o agencia, y que posee atributos y funciones específicas. Esta última acepción del yo como estructura del aparato psíquico ya la utiliza en 1895, en su "Proyecto de psicología", es decir que desde temprano en su obra figura esta ambigüedad conceptual sobre el yo; con el avance de su investigación reformula su concepción de esta instancia psíquica en su planteo teórico (Freud,1986,p.7).

Es difícil hacer una distinción funcional entre las dos acepciones que las separe nítidamente. Una es una referencia fenomenológica, el yo en su uso cotidiano, la otra es una construcción teórica, el yo como estructura psíquica. Ambas acepciones funcionalmente se solapan, aunque teóricamente son dos conjuntos de representaciones diferentes.

En el uso cotidiano se considera a el "yo", en un sentido amplio, como sinónimo de la individualidad concreta, de la totalidad de la persona, del sujeto; el director de la conducta, que le brinda continuidad y coherencia; el que tiene la capacidad de darse cuenta, de autoperibirse y autovalorarse; "el aglutinador del acontecer psíquico total de un sujeto" (Aisenson, 1979,pág.3). Esta acepción es próxima al concepto de self en tanto que refiere al reconocimiento e identificación de la expresión subjetiva y el sentimiento de ser. Acerca del yo como estructura psíquica Freud (1986) dice:

Nos hemos formado la representación de una organización coherente de los procesos anímicos en una persona, y la llamamos su yo. De este yo depende la conciencia; él gobierna los accesos a la motilidad, vale decir: a la descarga de las excitaciones en el mundo exterior; es aquella instancia anímica que ejerce un control sobre todos los procesos parciales, y que por la noche se va a dormir, a pesar de lo cual aplica la censura onírica. De este yo parten también las represiones, a raíz de las cuales ciertas aspiraciones anímicas deben excluirse no sólo de la conciencia, sino de las otras modalidades de vigencia y de quehacer (p.18).

De las consideraciones que hace de esta estructura surgen aspectos importantes a considerar: (a) En un primer momento equipara al yo con lo consciente y preconsciente en contraposición a lo inconsciente. Pero en una segunda consideración del modelo, donde se reconoce en el yo aspectos inconscientes, separa la condición de conciencia de la instancia psíquica en sí. El “ser consciente” deja de ser un aspecto diferenciador del yo, pasa a ser algo que podía darse o no en un estado psíquico, un aspecto descriptivo. Esta es una diferencia con el sí-mismo como sentimiento o sensación de ser, el que se vincula directamente al estado de ser consciente. (b) El yo es un fenómeno que se genera a partir del contacto del ello, inconsciente, con el mundo exterior. Compara su génesis con una diferenciación de superficies, de las que el yo a través de sus aspectos conscientes y preconscientes sería la capa más superficial. (Freud, 1986,p.8-10).

Freud señala un proceso de diferenciación, donde el yo surge de una estructura inconsciente. No habría registro, en las primeras fases del desarrollo, en tanto no existe un aparato psíquico conformado, una estructura psíquica organizada, que pudiera dar lugar a un registro. Siendo el sí-mismo el determinante de la subjetividad, es claro que en este modelo de origen clínico, tiene un papel fundamental. Pero no hay una consideración del concepto de sí-mismo como tal, su consideración aparece en el marco de la consideración del yo como instancia psíquica y en su sentido cotidiano.

5.2.2- En la década de 1940 Heinz Hartmann, discípulo directo de Freud, reelabora la concepción freudiana tratando de clarificar y sistematizar desde una perspectiva estructural; toma distancia de la visión clásica del psicoanálisis. Crea la corriente denominada “ego psychology”. En su trabajo explicita la diferencia entre un concepto de yo, sinónimo de sí-mismo, del yo como estructura psíquica del psicoanálisis. Al primero lo describe como “el aspecto subjetivo del yo, el conjunto de representaciones del self que constituyen una estructura con funciones específicas dentro del yo” (Nos, 1995,p.45); al segundo lo reconoce como algo distinto de la concientización del sentimiento de ser sí mismo y dice que no es equiparable con los conceptos de sujeto, individuo o personalidad. Sostiene la necesidad de una diferenciación de los conceptos sí-mismo, yo psicoanalítico (al que ve como una sub-estructura de la personalidad) y personalidad. (Grinberg, 1980; Nos,1995)

La profunda revisión de la teoría psicoanalítica realizada por Hartmann, creó una visión menos simplista de las estructuras psíquicas. En cuanto al yo remarcó su complejidad y heterogeneidad en contraposición a la visión de una estructura unitaria y monolítica. Los trabajos de Ana Freud sobre las defensas fueron un disparador de su propio trabajo.

Enfocó sus investigaciones en el estudio de la autonomía del yo y la adaptación, jerarquizando su importancia en el funcionamiento psíquico en relación al ello y al superyó (Nos,1995). Esta consideración es coincidente con el enfoque de Morin, que concibe al sujeto desde la noción de autonomía, y que remarcaba el carácter esencialmente relacional de esta condición, ya que la autonomía sólo es en relación con el entorno. Así, el enfoque basado en la autonomía y la

adaptación del yo estudiada por Hartmann son los antecedentes hacia una concepción relacional del yo y está en sintonía con los autores que estudian el funcionamiento psicológico desde la perspectiva de la personalidad, resalta las potencialidades de ese yo conciente en lugar de solo jerarquizar el pasado y sus conflictos. También resalta las funciones de integración y síntesis del yo, que facilitan la organización personal y la adaptación a la realidad, aspectos esenciales es la definición del concepto de sí-mismo.

Este autor plantea la existencia de funciones autónomas primarias dentro del yo, como la percepción, la intuición, la comprensión, el pensamiento, el lenguaje, el aprendizaje, la inteligencia, que se desarrollarían a partir de estructuras presentes desde el nacimiento, y tal vez desde antes, en forma rudimentaria. Esto determina la posibilidad de diferencias congénitas en el yo. Considera que estas funciones autónomas primarias tienen un origen y desarrollo independiente de las pulsiones y por tanto del conflicto. Por lo que se podría rastrear un sí-mismo en fases muy tempranas (Aisenson, 1979; Nos,1995). Estas consideraciones de Hartmann coinciden con las formuladas por Daniel Stern (1991) mucho más acá en el tiempo. Tanto para Hartmann como para Stern, hay rudimentos del yo desde etapas muy tempranas, incluso pre-natales. El yo y el ello, para Hartmann, provendrían de una matriz común llamada “matriz indiferenciada”, y no que el yo proviene del ello como sostenía Freud (Grinberg,1980). Aparece aquí el yo como el resultado de un proceso de diferenciación sobre una matriz indiferenciada, y Hartmann señala que el yo puede perder su autonomía si la influencia de los impulsos es muy alta.

Es sobre el concepto de autonomía secundaria que Hartmann plantea a las funciones del yo que se crean como defensas ante el conflicto y que se pueden independizar de dicho conflicto y pasar a funcionar como una respuesta aprendida al servicio de la adaptación, es una pauta a la que se puede denominar como rasgo de carácter (Nos,1995,p.45). Cabe comparar la semejanza de este planteo de Hartmann con las propuestas de Wilhelm Reich (1986) en su *Análisis del carácter*, para quien el carácter era un mecanismo de protección del yo que se había cronificado y rigidizado como pauta de conducta y se había instalado en el cuerpo en lo que llamaba “coraza caracterológica”, así, el sujeto se protegía de la angustia que le provocaba su propio conflicto pero se volvía rehén de una respuesta estereotipada.

El trabajo de Hartmann se desarrolló en los EEUU, ya que él fue de la partida de la larga lista de psicoanalistas que migra hacia los EEUU en tiempos de la guerra y se transforman en referencia del desarrollo de la psicología en norteamérica. Su modelo aparece en un contexto que comienza a resaltar otros aspectos del funcionamiento del sujeto distintos a los que señaló el psicoanálisis

freudiano. La psicología del yo evoluciona introduciéndose e influenciando a nuevos desarrollos teóricos. Así, no es extraño la resonancia con autores como Allport y las corrientes que surgieron en la postguerra.

5.2.3- Siguiendo con los aspectos que fue adquiriendo el sí-mismo en su consideración como concepto, encontramos en la década de 1940 y 1950 se jerarquiza su carácter relacional en la formulación de la teoría de las relaciones objetales.

Dicha teoría formulada por los psicoanalistas ingleses Ronald Fairbairn, D.W.Winnicott, H. Guntrip, se basa en la idea de reminiscencias buberiana de que el yo solo existe en relación a otros objetos, específicamente “objetos humanos”; se pone énfasis en la díada madre-hijo (Sutil, sf). Esta consideración sobre el yo es extensiva a el sí mismo porque lo que señala es una determinación sobre el sujeto, plantea su carácter relacional reflejando la naturaleza social de lo humano. Dentro de esta concepción el aparato psíquico está constituido por objetos introyectados que son la versión internalizada de un objeto externo. Así, la conceptualización del sí-mismo pasa a tener una inclinación orientada por ese impulso hacia el objeto, y las condiciones primeras del desarrollo referidas a la presencia o ausencia de la madre adquieren una nueva significación. Fairbairn afirma que es el objeto y no la descarga lo que busca la libido, así, es una necesidad primaria de objetos, que no se reduce a la búsqueda del placer, lo que determina los impulsos y movimientos primarios (Ibid). Se basa en que la necesidad esencial del ser humano desde su concepción es sobrevivir, así según esta teoría, es el principio de realidad el fundamento de la actividad humana, y no el principio de placer. Estas consideraciones enfatizan la naturaleza relacional y social humana, si bien la conceptualización de fondo sigue siendo la de un sujeto encapsulado comienza a gestarse las pautas en el marco conceptual que refleja esta naturaleza, y el individuo comienza a ser percibido en relación. La forma de relación hacia el objeto, (que es resumida en tres afectos básicos: apego, frustración y rechazo), determinarían la configuración de la personalidad, y en consecuencia también revelan posiciones del sí-mismo. La teoría de las relaciones objetales, es antecedente del psicoanálisis relacional.

En la corriente norteamericana de psicología del yo, el aporte la teoría de relaciones objetales es fundamental en el trabajo de Edith Jacobson en la década de 1950. Esta autora toma y desarrolla el concepto de sí-mismo y de identidad, a partir de la progresiva diferenciación e integración del sí-mismo desde las fases más tempranas. Recuérdese que esta corriente, de origen en Hartmann, considera que el yo era una forma psíquica que se organizaba a partir de estructuras presentes

desde el nacimiento o antes. Así, propone un desarrollo de las representaciones del sí-mismo como determinante de la formación de las estructuras intrapsíquicas (Nos, 1995,p.47). Para esta autora el concepto de sí-mismo engloba a la totalidad de la persona, es decir tanto lo corporal y físico como lo psíquico en todos sus aspectos. Propone en las fases más primitivas, donde el estado indiferenciado del sí-mismo es casi total, la existencia de un “self psicofisiológico primario”, donde ya existe el conflicto entre las pulsiones del sujeto y las limitaciones del ambiente que se experimentan como fuerzas agresivas. El equilibrio de esta polaridad tiene asiento y toma por objeto a ese “self psicológico primario”, y dice que ya ahí nace un narcisismo y un masoquismo primario. Con el desarrollo del yo como estructura psíquica, a través del proceso de diferenciación, esta información se incorpora en su registro mnémico de representaciones de objetos. (Grinberg,1980)

5.2.4- Con Donald W. Winnicott (1960) aparece una conceptualización del self dentro de la teoría psicoanalítica, en respuesta a la situación clínica, que desemboca en una teoría del self. Este autor diferencia claramente al concepto de yo como estructura psíquica del concepto de self. Distingue como hecho clínico un falso self que se presenta en los casos psicopatológicos, y a partir de este hipotetiza la existencia de un verdadero self. Asocia a este último, como núcleo central de la persona, a la parte vinculada a la sexualidad y a la energía de los instintos descrita por Freud; el falso self sería la parte que se vuelca hacia el exterior y se relaciona con el mundo. Esta conceptualización supera a la concepción fenomenológica del self como el sentimiento de ser; es la consideración explícita de una nueva estructura psíquica diferente al yo; y donde el aspecto inconsciente del verdadero self complejiza la definición del self en el campo psicoanalítico. A su vez, esta teoría del self abrió un nuevo panorama, y en su proyección una nueva perspectiva para el estudio y el análisis de la personalidad.

Winnicott (1960) plantea que la función del falso self es proteger y ocultar al verdadero self, evitando la explosión de este último, ya que en él estaría la herida original. El verdadero self es así, el verdadero sentimiento de ser, donde mora la potencia y el potencial, retraído por las experiencias traumáticas. El falso self, con su aspecto de real, es el que aparece a los ojos de los observadores; defiende al verdadero self y “permitiéndole una vida secreta” (pp.3). Si esta defensa no se lograra, necesitaría organizar una nueva para evitar la explosión del verdadero self que incluso podría llegar al riesgo de suicidio. En relación con el ambiente, el falso self desarrolla las cualidades convenientes en lugar de expresar las verdaderas, ocurre una disociación entre la mente, como sede del falso self, y el cuerpo y sus necesidades reales como sede del verdadero

self. Considera el origen de esta disfunción en la relación madre-infante y en las primeras relaciones objetales; no en la organización temprana de las defensas egoicas contra los impulsos del ello, aunque reconoce que ambos procesos se superponen. Se puede apreciar en estas observaciones la dificultad para distinguir con claridad clínica y no teórica, la teoría del self de Winnicott de el yo como estructura psíquica. Pero esta teoría del self aporta mucha claridad clínica a la mecánica de la personalidad.

Winnicott (1960) referencia la motivación del sí-mismo, es decir, su sentimiento de ser, particularmente en el vínculo con la madre. Dice: “es esencial tomar en cuenta la conducta y la actitud de la madre, porque en este campo la dependencia es real y casi absoluta. No es posible describir lo que sucede refiriéndose exclusivamente al infante” (pág.4). Revela que la pauta que determina la sensación y el sentimiento de ser sí-mismo en estas etapas del desarrollo no son individuales, porque los límites de una individualidad no se han conformado, el infante está abierto a la madre, de la que depende, el sí-mismo que se va configurando no es un sí-mismo encapsulado. Esto sería un estadio de poca o nula diferenciación con el marco que lo contiene por necesidad de sobrevivir.

Piensa que la manifestación espontánea del verdadero self es el resultado de una “madre suficientemente buena” que dio satisfacción a las necesidades del niño apoyando su espontaneidad; y que el falso self es una estrategia de solución y sometimiento a las exigencias del ambiente. Así el falso self es una defensa contra un ambiente hostil al que necesita adaptarse, y contra la explosión del verdadero self. “El self verdadero surge de los tejidos y las funciones corporales, incluso de la acción del corazón y la respiración” (Winnicott, 1960, pag7). Se señala aquí también el paralelismo con los aportes de W.Reich

5.2.5- Producto de instalarse como concepto en el campo psicoanalítico a través de la psicología del yo y con el antecedente de la teoría del self de Winnicott, dentro de la corriente psicoanalítica se abre una línea de investigaciones sobre la psicología del self o sí-mismo, que derivó en nuevos postulados y modelos teóricos. Se citan algunos ejemplos: Las contribuciones de Heinz Kohut a la comprensión de la psicología del narcisismo lo llevó a apartarse de la teoría pulsional y formular un nuevo modelo psicoanalítico llamado “psicología del self”. Este autor considera al self como otra estructura de la mente, análoga a el yo o a el superyó. Su enfoque, eminentemente clínico, buscó dar solución a problemas que se presentaban con pacientes con trastorno de personalidad. Stolorow, Brandchaft y Atwood se enfocaron en el aspecto intersubjetivo del sí-mismo contribuyendo a la corriente de psicoanálisis relacional. Otros autores como Robert Emde y Daniel

Stern investigaron el self referenciándose en la observación del desarrollo infantil. Cada uno de estos autores concuerdan con el papel central del self pero difieren entre sí en su definición; cada uno resalta algún rasgo del concepto que lo vuelve funcional y útil en su desarrollo teórico. Kohut habla de un self bi-polar, Storolow habla del self como “principios invariantes de organización” característicos de cada individuo, Basch habla de un “self funcional” que opera adaptándose al mundo externo, Goldberg le da prioridad a la forma más que al contenido del self, Gedo lo define como una jerarquía de motivaciones y valores, Bacal y Newman sostienen que la psicología del self es una teoría de relaciones objetales. (Schneider,sf)

Así vemos en el psicoanálisis una proliferación de conceptos que caracterizan al self por su valor funcional dentro del modelo teórico formulado; la definición de self se aparta de lo estrictamente fenomenológico y aparece como un concepto complejo donde una sensación o sentimiento de ser que se manifiesta posee una motivación inconsciente que lo determina y una estructura que determina su función. La diversidad de sentidos atribuidos al self manifiesta la potencialidad inherente a ese fenómeno y también la duda con respecto a lo que el sí-mismo es.

5.3- El sí-mismo en el enfoque psicológico sobre la personalidad de Allport.

Este enfoque se aparta de lo visto en la concepción psicoanalítica. **Gordon Allport** (1980) refleja lo pragmático del pensamiento estadounidense, y le otorga particular importancia a lo consciente, al presente y al futuro en lugar de a lo inconsciente y el pasado. Se aleja de la especulación de base más filosófica y abstracta centrando el concepto de self en lo concreto; también se aleja, como marco psicológico general, de las concepciones psicoanalíticas. Allport (1980) toma un enfoque fenomenológico sobre el sí-mismo, al que llama “proprium” para distinguirlo de otras acepciones, y lo considera como “un núcleo en nuestro ser”, la sensación y el sentimiento de ser, expresión de la subjetividad y núcleo de la personalidad (pp.141). Este autor resalta la importancia del abordaje del tema sí-mismo dentro de un modelo teórico. Si bien en su modelo establece una diferencia entre los conceptos de personalidad y sí-mismo en su formulación teórica, tal diferencia entre ambos conceptos por momentos desaparece ya que cuando la personalidad se expresa es el sí-mismo el que se está expresando en la singularidad del comportamiento individual, que es donde al sí-mismo se lo reconoce (Seoane,2005,pág.53). Afirma: “La personalidad no es general; es siempre particular” (Allport, 1968, pág.28).

Plantea una hipótesis de génesis del sí mismo relacionada al desarrollo del individuo en la que se puede apreciar un proceso de diferenciación que lleva a el sí-mismo . Señala que el niño al comienzo de su vida “no sé da cuenta de sí-mismo como sí-mismo. No separa el yo del resto del

mundo” (Allport,1980,pág.141). Vemos aquí una similitud con las consideraciones ya planteadas por otros autores de la génesis del sí-mismo: un proceso de diferenciación y la relación con el estado conciente de la mente. También se aprecia la diferencia con las concepciones psicoanalíticas en cuanto al significado del sí-mismo ya que lo toma como sinónimos del yo.

Allport (1980) describe funciones del sí-mismo que se desarrollan en su proceso evolutivo tales como: sentido del sí-mismo corporal (primer aspecto del sí mismo que se desarrolla), sentido de una continua identidad de sí-mismo, estimación de sí o amor propio, extensión del sí-mismo, imagen del sí-mismo, el sí-mismo como solucionador racional, y esfuerzo orientado. Algunas de estas funciones que atribuye al sí-mismo se pueden apreciar en la personalidad. Considera el papel de nuestra cultura en la distinción yo/no-yo.

Señala que son las recurrencias de sensaciones orgánicas las que originan una idea de pertenencia e identificación de una presencia e identidad, y una imagen del esquema corporal. De esto se puede leer que en su idea de identidad lo que subyace es un hábito y no algo determinado. Señala que tal proceso necesita de la maduración del sistema nervioso y la existencia de una memoria que permita crear el sentido de continuidad (pp.144). Es decir que el sí-mismo se reconoce a través de su acción y la repetición crea la sensación de identidad determinada; pero en este punto reconoce el gran problema del sí-mismo, que aparece cuando se plantea el problema del “conocedor” que surge a la pregunta: “¿Quién es el yo que conoce al yo corporal, que tiene una imagen de mí y posee el sentido de identidad, que conoce los impulsos y tendencias que tengo yo? yo sé todas estas cosas y, lo que es más, sé que las sé. Pero ¿quién es este yo que sabe estas cosas?” (pp.162)

En síntesis, todo su énfasis está en el individuo, jerarquiza su independencia y autonomía, el sí-mismo es jerarquizado en su valor funcional como núcleo de la personalidad.

5.4- El sí-mismo en las corrientes humanistas de Maslow y Rogers.

En las corrientes humanistas que tuvieron su origen en los EEUU, el sí-mismo no aparece como tema de investigación explícito, se lo considera fenomenológicamente, y es abordado en el marco de la investigación sobre la potencialidad humana. El psicoanálisis había puesto al pasado en el presente, las corrientes enfocadas en la personalidad y los humanistas se afirman en la potencialidad del presente con la mirada hacia el futuro. Así el sí-mismo (como sentimiento de ser) adquiere una orientación hacia una potencialidad latente, y no queda solo referido a los determinantes de su origen y las situaciones traumáticas del pasado, no hacen de lo psicopatológico su foco principal, como era el antecedente del psicoanálisis, sino en las

potencialidades que no se han desarrollado. Pero la consideración de “self encapsulado” en el individuo persiste.

En los años cincuenta **Abraham Maslow** (1993) desarrolla el concepto de autorrealización como pilar de su teoría del desarrollo y la motivación. El sí-mismo aparece en función del logro de sus potencialidades. Se busca liberar al sí-mismo como sentimiento de ser de las limitaciones que le impiden la sensación de realización. Este autor realiza investigaciones que indagan las experiencias personales cumbre, por ejemplo: momentos de felicidad, de éxtasis, de raptó, “originados quizás por el amor, por la audición de un fragmento musical o por el impacto repentino de un libro o una pintura o por algún momento de intensa creatividad” y los compara con los otros momentos cotidianos “normales” (Maslow, 1993, pág.103). Este autor sostiene que la autorrealización tiene lugar a través de poder satisfacer un abanico de necesidades que representó en una pirámide; en la base de esta, están las necesidades fisiológicas, en un segundo nivel las de cuidado y seguridad, en un tercer nivel las de afiliación y afecto, en un cuarto nivel las de reconocimiento propio y social, y por último, en el vértice de la pirámide, la autorrealización, que posee características diferentes a todas las anteriores. Afirma que es necesario un equilibrio y una estabilidad en la base para poder ascender hacia el vértice (Seoane,2005). El sujeto adquiere, en esta teoría, la condición de bio-psico-socio-espiritual. Así Maslow revela niveles de determinación del sentimiento de ser según la satisfacción de necesidades en una pirámide que representa la potencialidad humana donde la culminación es el conocimiento del ser y la realización del sí-mismo (Maslow,1993).

En **Carl Rogers** (1982), autor muy influenciado por Allport, el self aparece como una noción eminentemente fenomenológica y estrechamente vinculada a la personalidad. Aquí el sí-mismo aparece como las percepciones e imágenes que se experimentan en la conciencia como propias y que le dan sentido al sujeto. También coloca al individuo en la perspectiva de una potencialidad a realizar. Sostiene que todas las personas se orientan en una dirección básicamente positiva, es decir hacia lo constructivo, la autorrealización y la maduración. (Rogers, 1982, pág. 34).

Rogers se basó fundamentalmente en lo clínico, poniendo el énfasis en la consideración de la persona y el tipo de relacionamiento. Llama a su terapia basada en la persona, en contraposición a la terapia centrada en el conocimiento y la interpretación del terapeuta, que, en este caso, pasan a un segundo plano en relación a la empatía y aceptación de la otra persona. Afirma que cuando el individuo se siente más comprendido y aceptado, abandona con más facilidad los mecanismos de defensa que ha puesto en práctica en su vida y que le impiden avanzar hacia su propia

maduración. Reconoce así la naturaleza relacional del sí-mismo y la vuelve el propio instrumento terapéutico. Plantea la subjetividad de una manera radical en el posicionamiento terapéutico.

5.5- El sí-mismo en la psicología cognitiva.

En esta corriente el self aparece equiparado a un mecanismo de procesamiento de información y a la memoria de sí mismo. Las corrientes humanistas aparecen como la contracara del movimiento cognitivo, de firme base en la ciencia y con un fuerte fundamento positivista. Con las primeras computadoras y la búsqueda en torno a la inteligencia artificial, surge la metáfora del cerebro como computador, metáfora que se lleva a la memoria, al pensamiento, al procesamiento de información. En un comienzo las descripciones y los modelos que elabora la psicología cognitiva seguían la lógica de la estructura de los computadores. Se enfoca en el procesamiento de la información. El sujeto aparece como un procesador activo de información en contraposición a individuo pasivo del conductismo, cuya conducta era concebida como su reacción al estímulo. La psicología cognitiva surge como reacción al modelo conductista, que se enfoca en el estudio experimental de la conducta y prescindió de la consideración del mecanismo mental interno. (Seoane, 2005)

El modelo de lo cognitivo actualmente mantiene una posición hacia la mente a la que ya no la jerarquiza solo como una entidad intrapsíquica, sino como una reconstrucción determinada por la arquitectura social, “enraizada en situaciones históricas y culturales específicas, posibilitada por el lenguaje y comprometida en la construcción social de la realidad” (Seoane, 2005, pág. 65). Se refleja la influencia de esta corriente en las conceptualizaciones de Antonio Damasio, así como en la función de computar de los organismos básicos que propone Morin.

5.6- El sí-mismo en la terapia sistémica y transgeneracional.

(Aclaración: Se considera en este escrito a la terapia sistémica como una denominación general que incluya las múltiples escuelas de terapia familiar con sus diferencias metodológicas y teóricas (independiente de que consideren sistemas abiertos o cerrados, etc), y a las corrientes que investigaron las influencias transgeneracionales. Lo que se busca señalar bajo el rótulo de terapia sistémica es la determinación contextual de lo individual, y en consecuencia, una nueva forma de pensamiento que se fundamenta en la consideración de relaciones, y no en la consideración del objeto como un fenómeno en sí y encerrado en sí mismo. Se sostiene que dicha concepción necesariamente es acompañada por un tipo de sensibilidad diferente a la sensibilidad que considera al problema reducido al individuo. Se reconoce que tales cambios y diferencias responden a fenómenos más complejos como la instalación de nuevos paradigmas, y los quiebres

y transiciones que ocurren en tales circunstancias. Así, en este fenómeno de cambio y transformación de la concepción y la sensibilidad, puede suceder que se considere teóricamente un mapa contextual pero se lo use e intérprete desde una lógica lineal de causa y efecto, tal situación es propia de cualquier transición, que lleva a que una lógica permanezca en tanto que una nueva lógica no alcanzó la masa crítica y la maduración para establecerse por sí misma. Y a su vez, en este caso, sucede que un sistema lógico no excluye al otro.)

Una nueva imagen del sujeto surge cuando este es considerado como expresión de un contexto, y la solución al problema no se limita a la consideración de lo individual. Aquí el sí-mismo del sujeto adquiere significado a partir de lo inter-psíquico en lugar de lo intrapsíquico. El sí-mismo, en esta perspectiva, aparece ligado al concepto de campo como espacio extendido significativo para el sujeto y al que a su vez pertenece.

La concepción sistémica marca, como hecho, un salto cualitativo en la imagen del sujeto, cuando este ya no es visto en relación a su problemática como si fuera el portador de una enfermedad exclusivamente propia. Las consideraciones relacionales, antes mencionadas, desarrolladas en el campo de las teorías psicológicas, si bien introdujeron grandes cambios, no generaron a partir de su contundencia clínica, tan grandes cambios en la imagen del sujeto. Imágenes como la de la familia del esquizofrénico siendo la “vía regia” para la comprensión de tal enfermedad, hablan de un nuevo nivel instalado en la práctica clínica. Se instala una nueva sensibilidad cuando un grupo es convocado en su conjunto a propósito de dar una respuesta a una demanda individual. Un ejemplo de esto es el síndrome del aniversario, donde un evento visto en sí mismo parece casual o fortuito, pero cuando se indaga en el contexto, tanto de vínculos actuales como a lo largo de la historia de ese grupo, aparece como una repetición más de un patrón, por ejemplo accidentes en determinadas fechas, o muertes del segundo hermano en varias generaciones, etc (Scutzenberger,2006). Así, la estructura psíquica ya no es pensada como un fenómeno individual, sino que aparece como un emergente dentro de una psiquis colectiva, aparece la condición de inter-ser en lugar de simplemente ser como sujeto individual. La comprensión del psiquismo del sujeto adquiere un nuevo sentido cuando se lo comprende junto a la dinámica psíquica de su grupo de pertenencia.

Es importante recordar, para ver el movimiento global dentro del campo de la psicología, la simultaneidad cronológica de la aparición de las consideraciones relacionales en las distintas corrientes, y cómo éstas fueron absorbidas e introducidas dentro de los distintos modelos psicológicos, donde cada uno adoptó esta información a la lógica de su sistema.

1- En los años 1950-60, la terapia familiar, establece en la clínica como pauta metodológica el conocimiento y la definición de un contexto para comprender un significado. Así, se incluyeron a los miembros de la familia del individuo consultante revelando el grado de ligazón del individuo a su contexto y como las conductas están determinadas por posicionamientos en estos contextos, pasando a operar como roles dentro de una organización mayor. El síntoma ya no se consideró como algo en el individuo, como si fuera un virus que es cargado por la persona, sino como algo que adquiere sentido en un contexto y se transforma así en una pauta relacional dentro de ese contexto, “una táctica de las relaciones humanas” (Haley,1966,p.1; Napier,1982).

De esta manera, el sí-mismo, como expresión de la subjetividad a través del sentimiento de ser, pasa a ser un núcleo donde se experimenta la tensión entre la individualidad y la pertenencia a un colectivo. Siendo el sí-mismo la expresión del el estado de ser conciente, revela cómo esta conciencia de ser responde a la doble naturaleza de ser individual y social, y el peso inconciente de la pertenencia. El sí-mismo del sujeto surge siendo parte de un todo mayor al que pertenece. La familia comienza a concebirse como una organización en la que se podía reconocer las mismas particularidades que en los organismos vivos; una entidad que era una totalidad, una estructura con límites, con un funcionamiento establecido sobre reglas y objetivos (Napier,1982,p.54). Un organismo complejo que se modifica a sí mismo para asegurar su continuidad y crecimiento, y permite la diferenciación de sus miembros. Varios autores señalan que el tema central en los sistemas familiares es la poca diferenciación del sí-mismo, y que el foco del trabajo clínico es producir su diferenciación (Bowen,1991; Andolfi, Angelo, Menghi, Nicolo-Corigliano,1985). Así el individuo comienza a ser concebido en el marco de una realidad mayor, y no reducido exclusivamente a su dinámica interna.

2- En la década de 1970 encontramos desde dos vertientes diferentes el surgimiento de la consideración de lo transgeneracional y su puesta en escena en la clínica, lo que complejiza y vuelve más intrincada y profunda la trama a la que se pertenece.

Por un lado las investigaciones desde el psicoanálisis realizadas por Nicolás Abraham y María Torok, que analizaron los efectos de traumas no procesados. Observaron que tales disfunciones podían trasladarse a otros miembros de la familia; hicieron una clara distinción entre influencias intergeneracionales que son las que se producen entre generaciones adyacentes que tienen una relación directa, e influencias transgeneracionales que son las que se producen por la influencia psíquica de algún ancestro con el que no hay relación directa y del que tal vez hasta se ignore su existencia, pero cuya vida psíquica es significativa para la familia. Serge Tisseron (1995) señala

que este enfoque trajo consigo la demostración “del lazo social como soporte del hecho psíquico individual”, y lo resume diciendo: “El individuo es un grupo interiorizado cuya psique está sometida a la prueba de las generaciones” (p.11). Así, “el funcionamiento psíquico de cada uno no está determinado sólo por los conflictos comunes de la especie y por los accidentes singulares de cada vida. También está marcado para cada uno por las huellas de los conflictos comunes y de los accidentes singulares que marcaron la vida de los padres, de los abuelos, de los colaterales y de los amigos” (Tisseron, 1995,p.17).

Por otra parte, desde la terapia familiar, Ivan Boszormenyi-Nagy (1983), investiga los efectos y la naturaleza de la dimensión relacional en donde reconoce un componente de ética o justicia en el trasfondo de las relaciones a lo que denomina “lealtades invisibles”; y enfatiza como esta pauta de lealtad es una condición fundamental del funcionamiento psíquico en los grupos de pertenencia, particularmente la familia.

Bert Hellinger (2008) habla de sentimientos adoptados o sentimientos ajenos que son sentimientos de un miembro del sistema que son expresados por otro miembro del mismo sistema, el cual ignora de forma consciente la existencia de este primer miembro pero inconscientemente se siente identificado con él (p.47). Dice: “la familia o el clan tienen un alma en común, es decir un centro en común, un centro que maneja a todo el grupo, no solamente a cada individuo. Es como que el individuo pertenece al alma, forma parte del alma” (Hellinger,2008,p.55). Lo expuesto muestra al sí-mismo, máxima expresión de la individualidad, completamente anudado y determinado por su naturaleza como ser social. Desde la perspectiva sistémica y transgeneracional, el sí-mismo pasa a ser una manifestación en un todo mayor que lo contiene. El sí-mismo revela su naturaleza relacional como factor esencial y determinante. El sí-mismo es el núcleo de la subjetividad, pero tal subjetividad tiene un profundo condicionamiento determinado por la pertenencia al grupo, así se desdibujan los límites de la idea de individualidad. La conducta individual adquiere sentido en una trama amplia que la determina. Se explicita en este sentimiento de ser, el cruce entre una dimensión individual y una dimensión colectiva a la que se pertenece.

En síntesis:

1) En términos generales se afirma que:

Existe un fenómeno en el sujeto donde emerge su capacidad de darse cuenta. Durante este fenómeno se reconoce a sí mismo como esa persona que es y no otra; es una experiencia exclusiva, personal e intransferible. En esta experiencia el sujeto se percibe a sí mismo a través

de sus propias percepciones, es decir, se da cuenta a través de algo, una acción o un objeto de la acción. La percepción del perceptor en sí mismo parece sutil y esquiva, el perceptor adquiere presencia a través de lo percibido. El objeto no es el perceptor, sino el estímulo que da lugar al perceptor. Las descripciones de sí-mismo están íntimamente vinculadas al los objetos percibidos (cuerpo, sentimientos, narración, etc). La descripción del sí-mismo como el sujeto detrás de la percepción abre una escena llena de dificultades para encontrar respuestas. Referirse al sí-mismo como una sensación o sentimiento de ser, revela en ese estado de ser una calidad de estar que puede cambiar, ya que un sentimiento o una sensación son algo de naturaleza pasajera. Referir una identidad sobre este nivel de manifestaciones cambiantes, claramente revela una cualidad efímera; aunque se sostenga con convicción no parece haber nada propio que permita referirse a ella como algo permanente. Sobre este punto se basa Hume para negar la existencia de una identidad personal. Por otra parte existe este otro registro o nivel que da lugar a que la percepción tenga lugar.

II) Los aportes de los investigadores afinan las consideraciones mencionadas, y se puede señalar:(1) El sí-mismo determina el estado de ser conciente (definido por Damasio (2010) como el estado mental en el que se tiene el conocimiento de la propia existencia y del entorno (p.241)). (2) El sí-mismo es el sentimiento de ser. Este sentimiento de ser es tanto una expresión afectiva como cognitiva. La expresión afectiva tiñe la manifestación subjetiva, la expresión cognitiva es el reconocimiento de sí junto a la idea de qué o quién se cree ser, es decir, es la pauta que determina la identidad. Ambos aspectos funcionan como las dos caras de una misma moneda.(3) El sí-mismo como expresión afectiva remite a su función o sentido, el sentimiento de ser que coloca al individuo en una perspectiva determinada de su mundo. (4) El sí-mismo como expresión cognitiva remite a su naturaleza como fenómeno. Deriva irremediablemente hacia la búsqueda en la naturaleza humana, la búsqueda de quién o qué se es. (5) El sí-mismo es el unificador y aglutinador de la experiencia. Cuando se pregunta acerca de quién o que es el aglutinador, el dueño de la experiencia y experimentador, el camino se torna oscuro e incierto, sin un fundamento evidente para la solución. (6) La genealogía de las concepciones del sí-mismo en la psicología revelan condicionamientos y perspectivas sobre dicho fenómeno que abren a nuevas imágenes de lo humano: (a) El sentimiento de ser tiene una determinación inconciente, (b) en el se revela una doble naturaleza: como individuo y como miembro de su grupo de pertenencia, (c) el sí-mismo tiene lugar dentro de un proceso de individuación en el que hay una potencialidad a realizar.

III) De los modelos de génesis del sí-mismo se reconoce:

El enfoque de Damasio (2010) está orientado a el estudio de la conciencia, el enfoque de Morin (1994) está orientado al estudio del sujeto. Ambos enfoques abren dos panoramas diferentes, pero confluyen mostrando la relación entre sujeto y estado de ser conciente, dentro de un proceso de diferenciación o individuación cuyo vehículo es el sí-mismo. Así, el sí-mismo, un fenómeno tan común y cotidiano, aparece como la piedra de toque de lo humano.

(1) El sí-mismo es un fenómeno que se desarrolla en fases. Estas fases corresponden a niveles diferentes de evolución del fenómeno, que manifiestan aspectos diferentes, lo que incluso lleva a que se lo describa como de doble naturaleza. En Morin (1994) estas fases aparecen en la diferenciación entre el yo y el mí, en Damasio (2010) es la diferenciación entre el proto sí-mismo, el sí-mismo central y sí-mismo autobiográfico a los que describe como sistemas diferentes en la información que codifican e incluso en sus soportes neurales.

(2) En una primera fase ocurre la emergencia del fenómeno. En Damasio (2010) esto es un proto sí-mismo, forma primaria del sí-mismo, donde el reconocimiento de sí ocurre a través de la producción de sentimientos primordiales e imágenes directas de las experiencias, manifestaciones inmediatas al estímulo sin asociación alguna o representación; tiene localización en estructuras del tronco encefálico. En Morin (1994) esto es el surgimiento del yo, una instancia capaz de “computar”, movido por una autofinalidad que lo coloca en el centro de su mundo, y donde reconoce la aparición del sujeto. Este autor lo ejemplifica metafóricamente con el surgimiento de la expresión “yo soy mí-mismo” que dice está grabada en los organismos vivos. Pero como emerge en los organismos vivos esta expresión “yo soy mí-mismo”, la base de la emergencia de esta condición tan excepcional de darse cuenta, aún en sus formas más primitivas, no aparece claro. Los organismos vivos, incluso los más básicos, cumplen con una infinidad de funciones que les permite sostener sus estructuras, estos mecanismos tienen la característica de automatismo y manifiestan una inteligencia adaptativa. Se reconoce en ellos una forma primitiva de sí-mismo que les permite operar, se reconoce una forma de reconocimiento de sí y del otro tanto en el reino animal como vegetal. Las respuestas en este nivel son difusas. Stern (1991) señala que la repetición de un fenómeno opera como un principio organizador que permitiría el surgimiento de un sí-mismo. Morin plantea la emergencia de un yo pero no aclara cómo eso tiene lugar, y tampoco el salto cualitativo que lleva al yo a ser conceptualizado en un mí, paso que este autor denomina objetivación, que lo señala ya en organismos primitivos sin sistema nervioso, pre-reflexivos.

La segunda fase de desarrollo del sí-mismo aparece como el central de los modelos de Damasio

y Morin. Ambos autores colocan en este nivel el protagonismo del sí-mismo como el dueño de la acción. Pero Damasio (2010) plantea el surgimiento del estado conciente, esto involucra estructuras superiores del sistema nervioso. Ese sí-mismo central se ocupa de la acción y de las relaciones de ese organismo con los objetos. Mientras que Morin (1994) plantea algo semejante pero como función básica de todo organismo vivo, incluso sin sistema nervioso. denomina mí, a la que describe como objetivación del yo; le implica al yo tomar una distancia de sí-mismo para reconocerse como mí. Esto permite al sujeto tratarse objetivamente como sujeto cuando "computa". Este mí opera como identidad.

Este registro es un salto a un nivel superior de operatividad, un pasaje desde el nivel de la experiencia en sí, a otro nivel donde la experiencia puede ser conceptualizada de alguna manera. Morin refiere a este nivel como el de la identidad, y no al nivel anterior, donde el sí-mismo emerge, así esa instancia emergente del sí-mismo que Morin denomina yo aparece sin identidad. La identidad aparecería en relación a elementos en el nivel de la acción, donde están involucradas estructuras superiores del sistema nervioso. En el nivel donde se origina la experiencia de sí-mismo, según estos modelos, no es registrable. Ambos niveles son dos momentos del desarrollo evolutivo del sí-mismo. Para Damasio (2010), compara el funcionamiento de la conciencia con la ejecución de un concierto sinfónico. Dice:

Lo más curioso de los tramos superiores de la interpretación de la conciencia es la conspicua ausencia de un director antes de que el concierto empiece, aunque, a medida que se va desarrollando el concierto, el director cobra existencia. A todos los efectos, entonces un director dirige la orquesta, pero es el concierto el que ha creado al director -el sujeto o el sí-mismo- y no al revés. El director se improvisa a través de los sentimientos y por un dispositivo narrativo cerebral, aunque este hecho hace menos al director. El director existe innegablemente en nuestras mentes y no se gana nada con disminuirlo a una ilusión (Damasio, 2010, pág 49-50).

IV) La recapitulación realizada sobre el concepto de sí-mismo en la psicología muestra que:

(1) explícita o implícitamente todas las corrientes afirman que el sí-mismo es "el primer criterio de nuestra existencia personal y de nuestra identidad" como lo señala Allport (1980, p.142). (2) Las diversas corrientes muestran factores que determinan la sensación de ser sí-mismo que se han ido considerando; ponen en evidencia la diversidad de aspectos que tienen lugar estrechamente vinculados al fenómeno de sí-mismo.

Se puede reconocer en las distintas corrientes, los diferentes enfoques de sus concepciones,

formas y métodos. Pero el conocimiento producido por esta diversidad de aproximaciones, no se excluyen entre sí, a veces coincide, otras veces manifiesta distintos aspectos del fenómeno estudiado; y permite reconocer una dirección en la evolución del concepto que acompaña una evolución de la concepción de lo humano.

Los saltos más relevantes en la concepción del sí-mismo como sentimiento de ser es la consideración de su determinación inconciente y el pasaje de ser considerado un fenómeno intrapsíquico a considerarlo como un fenómeno inter-psíquico, producto del contexto general que lo contiene. Esto expresa lo dual de la naturaleza humana, como individual y social.

(1) Hay un reconocimiento de la naturaleza relacional del sujeto. (2) El sí-mismo se desarrolla dentro de un proceso de diferenciación. Esto se reconoce en diversos modelos, desde el psicoanálisis a los modelos humanistas enfocados en el potencial humano donde el sí-mismo cobra particular protagonismo; en la terapia sistémica donde algunos autores consideran que el foco de su trabajo es lograr en el individuo un proceso de diferenciación (Andolfi, Angelo, Menghi, Nicolo-Corigliano,1985,p.15;Bowen,1991,p.61);en el trabajo transgeneracional se procura liberar al sujeto de sus implicaciones cuando toma como propio un sentimiento ajeno (Hellinger,2008). Sobre este punto algunos autores consideran que este es un proceso de individuación, otros como Stern (1991) consideran que no existe proceso de individuación alguno en tanto que el sujeto nunca vivió en un estado simbiótico y de lo que se trata es de una forma de relacionamiento. Un enfoque jerarquiza la mirada contextual, el otro la mirada hacia lo individual; pero en ambos casos la solución se basa en la diferenciación yo-tú o yo-no yo. (3) El sujeto tiene una doble condición, como individuo particular y como miembro de su clan. (El punto anterior (2) está íntimamente vinculado a este.) (4) El sentimiento de ser tiene una determinación multicausal que se puede separar en estratos; desde el nivel más esencial y existencial a estratos más superficiales.

Estos cuatro puntos señalados están íntimamente relacionados.

La naturaleza relacional, y su nivel de profundidad, puede ser representada en el hecho de que la primera célula del individuo es el aporte y el resultado de una relación, la de los padres. En esa primera célula del individuo, el contenido citoplasmático con todos sus organelos celulares es literalmente de su madre y muy poco de su padre, y el contenido nuclear es el aporte de ambos progenitores. Este es el primer registro de identidad, la célula hija es sus padres y a su vez no lo es, en tanto que es esta nueva configuración única. Este es un nivel existencial en tanto que la afirmación de los padres es la afirmación de sí-mismo, de la misma manera que la negación de los progenitores es la negación de sí-mismo, este es un aspecto central de la concepción sistémica

de Bert Hellinger (2008). Así, la idea de una doble naturaleza también puede ser rastreada en este registro de ser un individuo único y ser el producto de una fusión de una parte de los progenitores. Luego, el embrión humano en su desarrollo dentro del vientre materno, reparte su contenido celular entre lo que dispone para sí como estructura que va a dar lugar a un individuo y la estructura que necesita crear para que esto tenga lugar, así crea su primer órgano relacional que le es imprescindible, la placenta. La placenta es una estructura biológica que crea el embrión, no la madre, y revela la íntima relación y dependencia de este. La relación y la dependencia del individuo creado pasa a otro nivel con su nacimiento, donde su condición inmadura requiere de la asistencia de otro para sobrevivir. Esta descripción de corte biológica denota un proceso de individuación del sujeto.

La concepción de Morin (1994) del sujeto a partir de la noción de autonomía, refleja la misma perspectiva de la naturaleza relacional humana jerarquizando más lo vincular a lo constitucional, como fue la perspectiva biológica antes mencionada. Se infiere la existencia de un proceso de individuación sobre la referencia de autonomía/dependencia. Este autor describe como determinantes del sujeto principios tales como el de exclusión e inclusión, el principio de intercomunicación con un semejante (que determina el relacionamiento); y señala que la auto-organización es auto-eco-organización, y la autorreferencia es auto-exo-referencia, “para referirse a mí mismo hay que referirse al mundo exterior”, esto constituye la identidad subjetiva (p.75).

Se reconoce así a el sí-mismo dentro de un proceso de diferenciación del individuo. Cabe recordar aquí el importante descubrimiento de Freud de que uno de los fundamentales impulsos del ser humano es el deseo de “permanecer vinculado a la madre, y eso quiere decir vinculado al seno materno, a la naturaleza, a la existencia pre-individualizada y pre-consciente” (Fromm, 1960,p.18). Esto está en consonancia con lo planteado por los terapeutas sistémicos de lograr en el individuo un proceso de diferenciación. Así, el sí-mismo es un concepto en desarrollo dentro de un proceso de desarrollo y diferenciación del sujeto.

ANEXO 1- Antecedentes del sí-mismo en la filosofía.

La historia de la filosofía aporta una amplia y variada tradición de concepciones del sí-mismo y de la conciencia de ser. Dado la amplitud de tales aportes se opta por realizar esta pequeña síntesis considerando el aporte de ciertos autores clave en la época moderna (período comprendido entre XV y el XVIII).

1- Al comienzo y como fundamento se cita a **Descartes** (1596-1650), su concepción de sujeto operó como paradigma nuclear en el pensamiento de la cultura europea moderna. El articula un punto de inflexión del pensamiento y la sensibilidad en la cultura occidental apartándose del pensamiento de fundamento religioso y basado en la fé de la edad media. Aparece una noción de sujeto fundamentada en un nuevo concepto de individuo basado en la razón. Así, la sensación o sentimiento de ser, característica del sí-mismo, abandona su determinación divina (aunque Descartes seguía considerando a Dios como el fundamento supremo), y coloca al individuo en un primer plano a través de la acción de su conciencia. El pensamiento de Descartes propone el poder del individuo a través de su conciencia. La reflexión crítica aparece como fundamento de ser, coloca así al ser conciente como representación del individuo y su potencialidad. Su postulado hace hincapié en la razón y la reflexión sobre lo que es enseñado y aprendido. Considera que esto último, lo aprendido, son prejuicios si se aceptan y se asumen como creencias, sin haber elaborado una reflexión propia sobre eso que es aprendido. Así surge la conciencia y la racionalidad como signo del sí-mismo. Recupera el escepticismo y lo separa de lo teológico. La única certeza es la existencia de sí mismo, de la que se da testimonio cuando se reflexiona. (Seoane,2005)

Un aspecto fundamental y de profunda trascendencia es que la misma actitud de duda sobre la tradición y la información de los propios sentidos lo llevan a tomar una distancia del mundo exterior, para efectuar tal reflexión solitaria dentro de los límites que reconoce como sí-mismo, es decir, para reflexionar necesita retirarse hacia sí.. De esta manera se establecen claros límites para el individuo. Este aspecto es determinante en lo que Harold Goolishian llama "self encapsulado", donde el individuo pasa a ser considerado dentro de los límites de él mismo, y gana espacio como dueño de su voluntad que comienza a ser reconocida dentro de él. El poder ya no viene de afuera, de Dios, sino que se desarrolla en el interior del individuo por el mismo, y logra esto en un camino de separación entre lo exterior y su distancia hacia sí-mismo para la reflexión. Cambia el balance en la ecuación, el primer lugar que ocupaba Dios pasa a ser ocupado por sí mismo, y si incluso quiere alcanzar a Dios, primero deberá alcanzarse a sí mismo. Así el individuo

gana todo el protagonismo. La reflexión en la introspección pasa a definir al sujeto, la conciencia pasa a un primer plano, sin la que no habría reflexión, y el sí-mismo como expresión de la conciencia pasa a ser un sello distintivo. En la tradición religiosa judeo-cristiana, fundamento de nuestra cultura occidental, la negación de sí-mismo era signo de virtud simbolizado en la idea de niégate a tí mismo y carga con tu cruz. Así, la concepción de Descartes se introduce en la cultura como una nueva concepción de sujeto de conciencia.

2- Consideramos luego a **John Locke** (1632-1704), quien ya recibe las ideas de Descartes, y reflexiona acerca de la identidad personal, sobre la condición de ser la misma persona en distintas circunstancias, momentos y lugares. Afirma la existencia de un sí-mismo a través de su afirmación de la existencia de una identidad personal. Concibe una continuidad en la conciencia de ser de sí-mismo, igual que reconoce una continuidad de la conciencia del perceptor sobre el mundo externo percibido, observa que siempre que percibe al mundo es él el que lo percibe, de esta manera el yo o sí-mismo aparece como responsable de la continuidad de la conciencia. Esto determina para él la presunción de la existencia de algo estable y determinado que permite dicha continuidad en la percepción y el reconocimiento como perceptor. El yo en Locke es una substancia en sí mismo que puede existir con independencia de las ideas. Dice que nos percibimos a nosotros mismos porque la conciencia acompaña al pensamiento; que poseemos un “yo”, que es puro y neutro en relación a los fenómenos del mundo exterior, que entra en relación con este mundo exterior donde se contamina. Ese yo o sí-mismo sigue planteado como una instancia desvinculada del mundo exterior. Sostiene que el autoconocimiento es el fundamento de la identidad personal, y no la tradición social y religiosa. Esto último afirma el movimiento hacia la individualidad, el poder del individuo sobre el poder de la tradición, que representa a lo colectivo, la herencia de nuestros antecesores a través de la cultura. Y también señala que el sí mismo para su autoconocimiento a través de la introspección utiliza el mismo mecanismo sensorial de aproximación que opera para el conocimiento del mundo físico (Seoane,2005).

El enfoque de Locke, afirmando la existencia de sí-mismo, representa un polo de la polaridad que se encuentra recurrentemente en el estudio del sí mismo, y planteado en diferentes aspectos: existe/no-existe, encapsulado/no encapsulado, cosa/proceso, claramente manifiesto/ sutil-imperceptible, etc.

3- Apenas unos años posterior a Locke, **David Hume** (1711-1776) cuestiona la idea de identidad personal como inherente al sujeto; la reconoce como una sucesión de percepciones que el sujeto tiene y no como algo en sí, por lo tanto niega su existencia. Representa a la polaridad de la

postura de Locke. Hume diferencia entre un concepto de identidad personal y un concepto de identidad en general que lo refiere a la existencia continua y distinta de los cuerpos. Así, para este autor no existe un sí-mismo como fenómeno real sino como una ilusión perceptual. Considera que si el sí-mismo, la idea de identidad, es algo, debe ser demostrado y no aceptarse de hecho por la mera percepción e intuición. Reconoce la identidad personal que acompaña a las percepciones de manera idéntica e invariable, pero se pregunta cuáles son las impresiones que originan esa idea de sí-mismo, cuál es su causa, porque no se puede afirmar tal idea sin aclarar las causas que la originan. Sostiene que el sí-mismo no comienza siendo una impresión que lo determina, sino que se reconoce como una realidad a través de su constante acompañamiento de las percepciones, y afirma que no puede reconocerse como realidad a un sí-mismo desde sí-mismo, es decir sin una impresión desde fuera de él que lo argumente. Así el sí-mismo como experiencia aparece como una falsa percepción, una alucinación, no hay causas o impresiones constantes e invariables en la vida que lo argumenten (Hume,2001;Seoane,2005). Agrega como dato para su argumentación, y en contraposición a las afirmaciones de Locke, que no existe una percepción simple y continua de sí-mismo, esta percepción de sí-mismo está plagada de discontinuidades. Dice:

En lo que a mi respecta, siempre que penetro más íntimamente en lo que llamo mí mismo tropiezo en todo momento con una u otra percepción particular, sea de calor o de frío, de luz o de sombra, de amor o de odio, de dolor o placer.... Nunca puedo atraparme a mí mismo en ningún caso sin una percepción...Cuando mis percepciones son suprimidas durante algún tiempo: en un sueño profundo, por ejemplo,....no me doy cuenta de mí mismo, y puede decirse que verdaderamente no existo. Y si todas mis percepciones particulares fueran suprimidas y ya no pudiese pensar, sentir, ver, amar u odiar tras la desaparición de mis cuerpo, mi yo resultaría completamente aniquilado....Si tras una reflexión seria y libre de prejuicios hay alguien que piense que él tiene una noción diferente de sí mismo, tengo que confesar que ya no puedo seguirle en mis razonamientos. Todo lo que puedo concederle es que él puede estar tan en su derecho como yo, y que ambos somos esencialmente diferentes en este particular. Es posible que él pueda percibir algo simple y continuo a lo que llama su yo, pero yo sé con certeza que en mí no existe tal principio. (Hume, 2001,p.190-198)

El alma es para Hume el sostén inmaterial y constante, soporte de las percepciones. Resalta el papel de las emociones en la motivación personal, y sostiene la idea de que la experiencia vivida es una fuente fundamental de aprendizaje y autoconocimiento. (Seoane,2005)

En síntesis, considera que el sí mismo como identidad es una secuencia de percepciones distintas, y que se lo percibe en relación a objetos externos o el propio cuerpo, por lo que

considera que allí no hay una entidad permanente, sería algo que emerge al entrar en relación con elementos como su cuerpo, etc, sin encontrar una causa que lo justifique como realidad fuera de sí-mismo. Se percibe un sí-mismo a través de algunos aspectos de su actividad.

4- Immanuel Kant (1724-1804), contemporáneo de Hume, toma su idea de que no hay nada que pueda referirse como identidad excepto un conjunto de percepciones, pero sostiene que debe existir una condición precedente a cualquier experiencia que permita que esta sea posible, dado lo obvio y general de tal fenómeno. Es decir, para que la experiencia tenga lugar como tal, la mente necesita organizarse y unificarse para darle lugar; este nivel que unifica y organiza permite que las experiencias no sean consideradas como secuencias desconectadas y se atribuyan al mismo sujeto. Supone a este núcleo operacional como una necesidad lógica, pero no puede dar conocimiento de él porque dice que no existe conciencia de él mismo. Esta especie de complicada maquinaria interna que habilitaría la experiencia sería el sujeto de la experiencia, al que describe como un “yo puro” y trascendental sin atributos. Así, hace hincapié en esta instancia que opera en un registro diferente al de la manifestación del fenómeno en sí. Sostiene que este lugar de sí-mismo no es posible percibirlo directamente, no puede descubrirse empíricamente, pero sirve de unidad que trasciende el conjunto particular de experiencias, y da asiento a todos los aspectos que permiten la autonomía personal y la autodeterminación (Seoane,2005). Así, el sí mismo es concebido por Kant en este doble registro, por un lado su manifestación evidente para el sujeto, donde se puede percibir lo descrito por Hume, y por otro lado el espacio o proceso difícil de percibir que acompaña a la manifestación, y que le da la característica de unir e integrar al conjunto de percepciones.

5- Recogiendo el trabajo de los autores anteriores, **Georg Wilhelm Friedrich Hegel** (1770-1831), le agrega una nueva perspectiva al sujeto, y en consecuencia al sí-mismo. Desde su perspectiva radical y racional, reconstruye la idea de “yo trascendental” aportándole contenido social e histórico, y trata de darle un sentido de “plenamente real”. Hace una extensión de la consideración de Hume, referida a la necesidad de una causa externa a un fenómeno para dar cuenta del mismo, planteando que la consideración de que verdades formales sin una referencia real no son más que cosas irreales.

Para apoyar su abordaje racional necesita evidencias para alejarse de la especulación metafísica, esto lo lleva a una consideración de tipo fenomenológico. Su consideración es que la conciencia que observa sólo puede referirse a las cosas que observa, y opinar sobre lo que opina cuando observa, sería sólo describir y relatar opiniones. Este planteo es un antecedente que va a

repercutir en William James y su definición de un sí-mismo empírico, al que reconoce por manifestaciones concretas.

Hegel saca al individuo de su individualidad solitaria y lo colectiviza aportándole contenido social e histórico, contextualizando. El pensamiento de Hegel fue inspirador para los movimientos sociales de la época, en particular para el marxismo. Hegel afirma que lo real es racional, es decir, que admite la reflexión; así considera que las viejas instituciones que se sostenían a partir de una autoridad arbitraria deben ser sustituidas por una nueva autoridad racional. Busca establecer una teoría unificada de la realidad, en ella la conciencia de uno mismo aparece como una etapa más de la evolución de esa realidad. De esta manera el individuo moviéndose en el marco de ese todo llegaría a alcanzar niveles de autoconocimiento que superarían largamente el conocimiento individual. (Seoane,2005)

Así, los aspectos del sí mismo que aporta Hegel son la consideración de lo relacional, de la naturaleza social, característica de los seres humanos, y la idea de evolución y desarrollo de la racionalidad humana; y la consideración del sí-mismo desde sus manifestaciones concretas buscando darle un sentido real.

Bibliografía:

- Aisenson Kogan, A. (1979). El yo y el sí-mismo. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu editores.
- Allport, G.W.(1968). ¿Que es la personalidad?. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Siglo veinte
- Allport, G.W. (1980). La Personalidad. Barcelona, España: Editorial Herder.
- Andolfi, M., Angelo, C., Menghi, P., y Nicolo-Corigliano, A.M. (1985). Detrás de la máscara familiar. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Atwood, G.E. (2014). La psicoterapia como ciencia humana: Estudios de casos clínicos que exploran el abismo de la locura. Revista de Psicoanálisis Relacional. Vol. 8 (3) –Octubre 2014; pp. 291- 322
- Bateson, G. (2011). Espíritu y naturaleza. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu
- Boszormenyi-Nagy, I., y Spark, G.(1983). Lealtades Invisibles. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu
- Bowen, M. (1991). De la familia al individuo. La diferenciación del sí mismo en el sistema familiar. Barcelona, España: ed. Paidós
- Damasio, A. (2010). Y el cerebro creó al hombre. Barcelona, España: Ediciones Destino
- Freud, S. (1923/1986). El yo y el ello. Obras completas. Tomo XIX. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu editores.
- Fromm, E. (1960). La misión de Sigmund Freud. Buenos Aires, Argentina: Fondo de cultura económica.
- Goolishian, H., y Anderson, H. (1994). Narrativa y Self. Algunos dilemas posmodernos de la psicoterapia. En Fried Schnitman, D. (comp.). Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad. p.293-311. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Paidós.
- Grinberg, L. y Grinberg, R.(1980). Identidad y cambio. Barcelona, España: Editorial Paidós
- Haley, J. (1966). Estrategias en psicoterapia. Barcelona, España: ed. Toray S.A.
- Hellinger, B. (2008). El manantial no tiene que preguntar por el camino. Buenos Aires, Argentina: ed. Alma Lepik
- Hume, D. (1739/2001). Tratado sobre la naturaleza humana. Libro I, Parte IV, Sección VI: De la identidad personal. pp.190-198. LIBROS EN LA RED Edición Electrónica.
- Recuperado en:<http://www.dipualba.es/Publicaciones/LibrosPapel/LibrosRed/Clasicos/Libros/Hume.pm65.pdf>
- Jung, C.G.(1971). Las relaciones entre el yo y el inconsciente. Buenos Aires, Argentina: ed. Paidós
- Lagomarsino Giuria j. (1998). Orígenes y evolución del psiquismo según Heinz Kohut. Trabajo presentado en las terceras jornadas del Ateneo de Estudios Psicoanalíticos. Rosario. Recuperado

en: <https://es.scribd.com>

Laing R.D.(1988). El yo dividido. México: Editorial Fondo de cultura económica.

Maslow, A. (1993). El hombre autorrealizado. Barcelona, España:Editorial Kairos

Maturana, H. (1995). La realidad: ¿objetiva o construida?. Fundamentos biológicos de la realidad. Barcelona, España: Anthropos Editorial.

Maturana, H.,y Varela, F. (2003). El árbol del conocimiento. Argentina: ed. Lumen

Morin, E. (1994). La noción de sujeto. En Fried Schnitman, D. (comp.). Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad. p.67-89. Ediciones Paidós. Buenos Aires, argentina: Ediciones Paidós.

Napier, A. (1982). El crisol de la familia. Argentina: ed. Amorrortu

Nos, J. (1995). La Escuela norteamericana de la Psicología del Yo. Anuario de Psicología 1995, núm. 67. Facultat de Psicologia Universitat de Barcelona. p.41-50.

Reich, W. (s.f.). Análisis del Carácter. Buenos Aires, Argentina: Paidós

Riera i Alibés, R. (2011). La conexión emocional: formación y transformación de la forma que tenemos de reaccionar emocionalmente. Barcelona, España: Editorial Octaedro.

Rodríguez Sutil, C. (sf). Sobre la obra de W. Ronald D. Fairbairn. Recuperado en: <http://www.psicoterapiarelacional.es/homenajes/wrdfairbairn/sobrelaobradewrdfairbairn.aspx>

Rogers, C. (1982). El proceso de convertirse en persona. Mi técnica terapéutica. Buenos Aires, Argentina: Editorial Paidós

Schneider, J. (1999). Desarrollos actuales de la psicología del self. Rev. Aperturas Psicoanalíticas, nº2. Recuperado en: <http://www.aperturas.org/articulos.php?id=78>

Schutzenberger, A.A. (2006). ¡Ay, mis ancestros!. Buenos Aires, Argentina: ed. Omeba.

Seoane, J. (2005). Hacia una biografía del self. Boletín de psicología. ISSN 0212-8179, Número 85, págs. 41-88. Recuperado en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=1709090>

Stern, D. (1991) .El mundo interpersonal del infante. Buenos Aires, Argentina: Paidós

Stolorow, R. (2012). De la Mente al Mundo, de la Pulsión al Afecto: Una Perspectiva Fenomenológico- contextual en Psicoanálisis. Revista de Psicoanálisis Relacional. Vol. 6 (3). Octubre 2012; pp. 381- 395.

Tisseron, S. (1995). El psicoanálisis ante la prueba de las generaciones. En Tisseron, S., Torok, M., Rand, N., Nachin, C., Hachet, P., y Rouchy, J.C. El psiquismo ante la prueba de las generaciones. pp.11-34. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu editores.

Watzlawick, P. (1995). El sinsentido del sentido (o el sentido del sinsentido). Barcelona, España: Editorial Herder.

Winnicott, D.(1960). La distorsión del yo en términos del self verdadero y falso. Recuperado en:https://docs.google.com/document/d/1a9FoCti_Q2K2iGBUxcsVI9gXePRp3-2C18LCByYiXFQ/edit

Von Bertalanffy, L. (2004). Teoría general de los sistemas. México:Editorial Fondo de cultura económica.